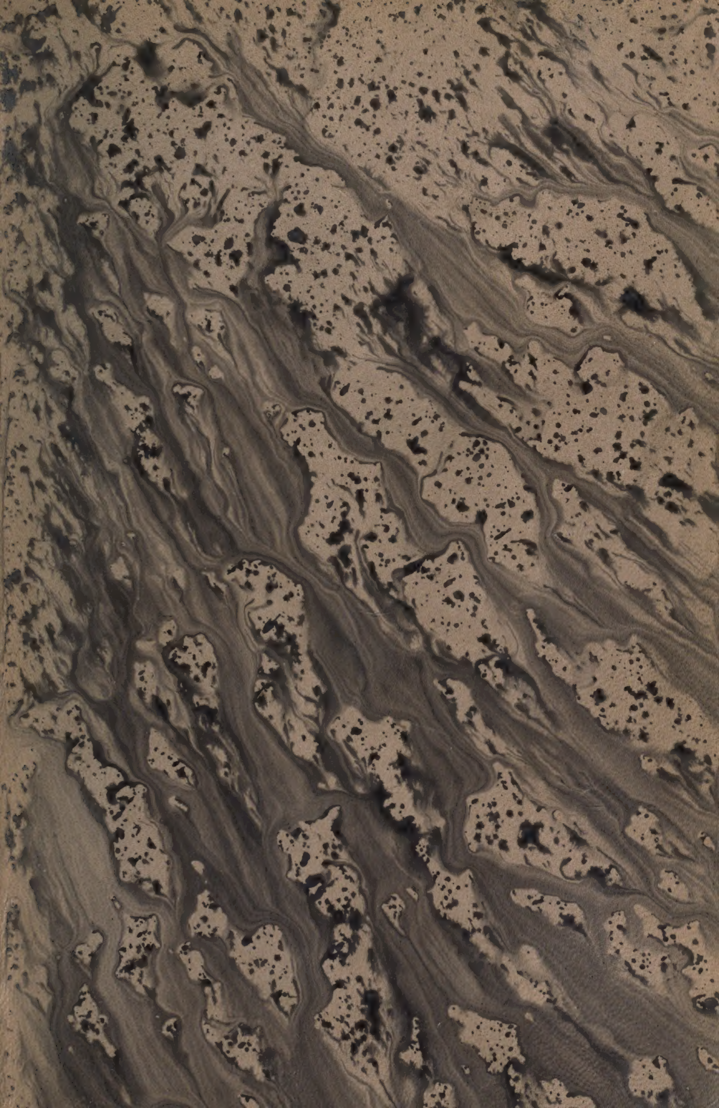






TODO EN BROMA

OBRAS COMPLETAS DE EUSEBIO BLASCO

TOMOS PUBLICADOS

I —*Primeros y últimos versos*, con artículos necrológicos de nuestros mejores escritores. 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

II.—*Una señora comprometida* (Novela). *Del amor y y otros excesos* (Artículos festivos). *Don Juan, el del ojo pito* (Novela inédita sin terminar, con un prólogo de Luis Taboada). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

III.—*Busilis* (Novela). *La ciencia y el corazón. Milord.* (Narraciones). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

IV.—*Memorias íntimas.* Con un prólogo de Julio Burell y una posfación del Doctor Nicasio Mariscal. (Segunda edición). 3,50 pesetas Madrid, 4 provincias.

V.—*Impresiones de viaje.—La carta verde. La doncella práctica.* (Narraciones). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

VI.—*Mi viaje á Egipto. Mi viaje á Alemania.—El domingo de carnaval. Tres señoritas sensibles* (Narraciones). 3 pesetas Madrid, 3.50 provincias.

VII.—*La señora del* 13. (Novela).—*Cuentos alegres.* 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

VIII.—*Notas íntimas de Madrid y París.* 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

IX.—*La miseria en un tomo.* (Artículos y crónicas). *Cuentos y sucedidos* con un prólogo de Mariano de Cavia. 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

X.—*Arpejios.* (Poesías, con un prólogo de Jacinto Octavio Picón). *Noches en vela* (Poesías). *Teruel* (Recuerdos de viaje). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XI.—*Malas costumbres.*—(Apuntes de mi tiempo), 3 Pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XII.—*Flaquezas humanas.* (Escenas de la vida madrileña). *Ellos y ellas.* (Chistes y anécdotas). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XIII.—*Mis contemporáneos.* (Semblanzas varias. Primera serie). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XIV.—*Esto, lo otro y lo de más allá.* (Apuntes, con un prólogo de Francisco Navarro y Ledesma). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XV.—*Poesías festivas.*—*Chistes y anécdotas.* 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XVI.—*Páginas íntimas.* (Crónicas—primera serie—con un prólogo de Antonio Zozaya). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XVII.—*Los de mi tiempo.* (Semblanzas—segunda serie—con un prólogo de José Juan Cadenas). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XVIII.—*Todo en broma* (Crónicas — segunda serie — con un prólogo de José Nogales). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

6AA

OBRAS COMPLETAS

DE

Eusebio Blasco

TOMO XVIII

TODO EN BROMA

MADRID
LIBRERIA EDITORIAL DE LEOPOLDO MARTINEZ
Correo, 4.— Teléfono 791.
1905

PROLOGO

Dos palabras.

Escribir un prólogo para cualquier libro de Eusebio Blasco no es una sencilla tarea, porque escritor tan fecundo, tan múltiple, tan variado en los aspectos de su larga obra, requiere en el prologuista de verdad un hondo y completo analisis del que se destaque aquella personalidad literaria con todas las facetas que su cultura y buen gusto supo tallar.

Ni me propongo hacer ese estudio, ni aunque quisiera podría llevarlo á término feliz. Afortunadamente, Blasco es un escritor que *está en juego*, «vive» y es continuamente citado y leído. A diferencia de otros escritores que en vida alcanzaron fama y provecho y apenas muertos son enteramente olvidados — Núñez de Arce, por ejemplo, — Eusebio Blasco sigue conviviendo en nuestra existencia intelectual.

Aquel olvido y esta convivencia son, en mi concepto, el resultado lógico de un juicio colectivo de muy difícil apelación. Es que, pese á los gustos, á las modas, á las desviaciones del arte y á las extrañas imposiciones de la mentalidad ó inocente ó estragada, lo falso pasa; lo verdadero permanece. Hay una distancia inmensa entre lo retórico y lo humano.

La retórica, si es de relumbrón, vacía, dislocada y altisonante, sirve para vestir un absurdo espantajo y para deslumbrar á la masa del vulgo con sus destellos de falsa y tosca pedrería y hasta puede asegurar á cualquier escritor de cualquier género el triunfo y la fama y la consagración de un día. Ya es bastante.

Para aspirar á sobrevivir á su propio tiempo es necesario algo más que retórica.

Eusebio Blasco tiene en la generalidad de sus trabajos la amabilidad, la gracia y la ligereza, es decir, lo más grato y lo más perenne. Es tan humano, que su pluma habla; su literatura es una conversación. Sabido es que la conversación puede hasta encarnar la espiritualidad de un pueblo y ser distintivo de una raza. Tal es su importancia en la vida.

Esta literatura hablada, gesticulada, paseante, impresionista, tan propia del periodismo moderno, halló en Blasco la más fresca y acabada expresión. El regocijo salta y brinca en sus obras con espontánea acción. Detrás de su esfuerzo no se ven fatigas, ni desmayos, ni siquiera ironías.

Seguramente nadie se imagina á Blasco embutido en el terrible sillón de los doctos, rodeado de libros grandes é indigestos, de notas pacientes, de apuntes trabajosos. De esas oficinas suelen salir grandes cosas que se venden al peso.

A Blasco hay que imaginárselo tal como era, trabajaba y vivía: paseando, conversando, moviéndose en plena vida y en plena acción, con la avidez de los espíritus al aire libre y la inquieta vivacidad de los cerebros formados por todas las sensaciones.

Así dejó en su obra el rastro de este vivir suyo, tan intenso, tan múltiple, tan amable, tan general y tan apresurado.

Incurren en error los que juzgan que la verdadera noción de la vida es obra de lentitud y acaso del aislamiento. No hay sino *vivir* en el ámplio sentido humano, para poseer esa noción. No la poseen los lentos ni los aislados: y por eso suelen ser rígidos, duros, tercos, inflexibles, mientras que los que han vivido en contacto, en comunión, en conjunto activo con todas las cosas humanas suelen ser tolerantes, flexibles, penetrados de una tranquila bondad y de una muy espontánea gracia.

Así era Blasco. Su encanto que no borró ni deshizo el tiempo, consistía en ser contemporáneo de todas las ideas y sensaciones. Marchaba con el mundo, no fué nunca un rezagado, y así se mantuvo fresco, brillante, refinado hasta su último suspiro y su última cuartilla.

En este libro hallarán los fieles lectores de tan

ilustre escritor muestras admirables de esa flexibilidad graciosa de un gran entendimiento. Es el donaire flor del ingenio, por muchos desdeñada, mas por todos apetecida.

Y esa verdadera superioridad mental en que se destacan las cualidades imaginativas con relampagueos de alada mariposa que vuela sobre el conjunto de la vida ordinaria, sin entristecerse ni mancharse, es en Blasco como una natural función de su organismo, como un movimiento instintivo de su ánimo.

Fué una personalidad, cosa no tan llana y hacedera en estos tiempos.

Fué una figura literaria con substancia propia, que no buscó en nadie ni dirección ni auxilio. Su obra, piadosamente recogida por amantes manos, religiosamente exhumada del montón efímero de las hojas diarias, en su mayor parte, atestigua para hoy y para mañana, lo que valía aquel hombre excelente y mundano, aquel escritor tan fácil, tan agradable y tan sensible.

Tan sensible, porque al par de la gracia y el donaire, vibraba su alma de piedad ante todas las desdichas.

Esto lo sabe todo el mundo en España.

Yo deseo que su fama se extienda á los que van naciendo, ya que entre los nacidos bien afirmada queda.

Y que esta amorosa labor de su hijo, que es jus-

ticia y homenaje, no sea estéril ni parca en sus resultados.

Mucho merece Eusebio Blasco y mucho debemos hacer por conservar su obra.

JOSÉ NOGALES

Junio, 1905.

Don Segundo.

NOMBRE más acertado no se puso jamás. Este infeliz amigo mío nació para eso, precisamente para eso, para ser segundo eternamente, ó por mejor decir, segundo vitalicio.

Pasemos por alto que nació el día segundo de Pascua, y no el primero; que fué el segundón de una familia en la que el primogénito le obscureció y amargó la vida constantemente.

¡Lástima de hombre! Tiene entendimiento claro, y su poquito de ambición, y amor propio como cada hijo de vecino y quisiera él dejar algún rastro en el mundo: ¡pero no puede ser!

Este es de los que no tienen enemigos, y se les llama siempre «buenas personas». Si hubiera sido cómico, le hubieran calificado de «concienzudo».

Pero no pasa de ahí; se queda á la puerta de las primeras cosas. ¿Le emplean? Oficial segun-

do de la Dirección de Administración, que por lo complicada la llama él la dirección de los globos. ¿Le condecoran? Pues me le dan la cruz de segunda clase. ¿Le eligen para algún cargo? No será ni presidente, ni secretario, ni tesorero, ni contador; ¡ha de ser forzosamente «vice»!

Es primo segundo de todos sus paisanos.—Pero mi querido amigo, ¿no tiene usted ningún primo carnal?—le digo yo más de una vez. ¡No los tiene! Una vez que escribió una pieza se la estrenaron en una de esas noches de tres piececitas, y la suya fué colocada en medio. Y era muy bonita, y se aplaudió mucho, porque repito que mi amigo no carece de mérito; pero no fué lo que se llama «la pieza de la noche»; fué la inmediata en la categoría de las aplaudidas.

Pues... ¿y cuando hizo oposiciones á la cátedra aquella? ¡El segundo en la terna! Se me dirá que esto fué una injusticia; ya lo sé, pero por eso precisamente está el tal siempre descontento. «La primera vacante que haya en el Ministerio la he de proveer en usted», le dijo un ministro... Pero ¡cá! La primera fué para un recomendado del Presidente del Consejo, que debe ser todo lo contrario de Don Segundo, porque se llama «Primitivo»!

Nunca encuentra en el teatro ni en los toros los billetes que desea; parece que están esperando á que llegue á la taquilla para decirle: «No hay más que segunda galería ó segunda an-

danada»; y aun en esto de las andanadas siempre le tocan de sol y sombra.

Por más que él asegura estar casado en segundas nupcias, dudaría yo de que se hubiese casado en primeras, si no supiese que su primera mujer era viuda; de modo que ya el hombre no fué ni primer amor ni otras cosas. Esta esposa que le engaña miserablemente, de modo que en el corazón de su mujer también ocupa lugar secundario.

Mi amigo es de la América del Sur; de modo que siempre que habla de España la llama su segunda patria ¡Ya lo creo! Su padre era segundo de á bordo en un barco de guerra.

«¿Que maldición pesa sobre mí—me decía un año há—para que siempre me toque vivir en casas con números «bis», como dicen en Francia?» Su domicilio actual (palabra de honor) es: «Isabel Segunda, dos duplicado, segundo del centro». Hombre más intermediario no ha nacido de madre. El hijo que tiene es el segundo de su segundo matrimonio. El mayor y el pequeño se le murieron de recaídas y no les pudo hacer sino entierro de segunda clase.

Todo en él es así. Con más méritos que otros, no llega sino á medias á lo que se propone. Siempre hay un colega que le supera, un rival que le vence, un compañero que le coge la vez ó un poderoso que le quita lugar. «Le daremos un gobierno de segunda clase», dijeron en cierta

ocasión sus amigos políticos. «¡Ó de primera ó nada!» exclamó ofendido. Y no le dieron nada. Su libro de texto no ha pasado de las escuelas de segunda enseñanza, y es, sin embargo, muy notable, sobre todo el segundo tomo. ¿Pues qué diré de su segunda parte del *Gil Blas de Santillana*? Él dice que es mejor que la de Lesage, pero yo no lo creo; y no soy yo solo.

Hé aquí su gran equivocación. Quiere ser el primero y no lo conseguirá nunca. En su lugar está bien, y todo lo que hace se califica por la prensa y por sus amigos de estimable, apreciable, discreto, agradable, correcto, muy de notar, y así sucesivamente. Nunca quedará mal en ninguna parte. No llega á ser tan malo que se procure odios, ni tan notable que se cree bases de gloria póstuma; y como si los sucesos y las cosas le avivaran y le marcasen los caminos que debe seguir, en cuanto sale de su esfera moral ó material, todo son desdichas, contrariedades y azares. Un mes vivió en un primer piso y se prendió fuego á la casa. Suplió al alcalde una vez que fué teniente de ídem, y se le sublevaron todos los dependientes del Municipio. La única vez que obtuvo (muy cara) una butaca de primera fila, cambiaron la función, como si el autor no hubiera querido hacer su obra para él. Ganó en el número «uno» de la ruleta treinta y cinco pesos, y en el momento en que iban á pagárselos entró en la timba el inspector, se apagaron

las luces y salió mi Don Segundo con todos los «puntos» en forma de estrella por la ventana. Al mes siguiente sacó diez mil reales á la lotería con el número 22.222, que le regaló un *sub*-inspector de no sé qué cosa.

También él fué «sub» en sus mocedades; porque la vida de este hombre sin igual es una sucesión de cosas de segundo orden; y si no, que se vea:

«Subteniente» de voluntarios en su país.

«Segundo» jefe de la fábrica de tabacos de Sevilla.

«Teniente» de alcalde.

«Vicepresidente» de la *sub*-comisión de no sé qué centro administrativo.

Condecorado con la cruz militar blanca de «segunda» clase.

«Segundo» premio de fagot en el Conservatorio de su primera patria.

«Ayudante» de obras públicas.

«Subdelegado» de Hacienda.

En una palabra, nació destinado á segundo lugar, y á «medio todo», y aunque él pretende que esto es injusto, que la suerte no le es propicia, que otros se le interponen sin razón y que noha y justicia en la tierra, yo creo que todo ello está explicado en su modo de ser, que justifica su apellido, más lógico aún que su nombre de pila; porque hay que advertir, para acabar, quemi excelente amigo y concienzudo compatriota se llama D. Segundo «Mediano».

La ciudad del ruido.

La ciudad del ruido es esta adorada Easo, en lengua castellana San Sebastián que sería la más encantadora del mundo si yo fuera sordo.

Suele ser el veraneo invitación al reposo; parece natural que después de la agitada vida de las grandes capitales, allí donde el que tiene el cerebro fatigado va á buscar descanso, lo encuentre...

¡Pues aquí no lo encuentra! Ni le hace falta, por lo visto.

En España, todo lo que no sea irse á la cresta de un monte, no hay reposo posible en ninguna parte.

Mis paisanos han dado con el verdadero nombre *nacional*, para ponérselo á una Sociedad benéfica. La han llamado *El Ruido*.

Se extrañan nacionales y extranjeros de que

los acontecimientos más terribles nos dejen tan frescos.

¡Sobre que no tenemos nervios!

Pues si en España hubiera nervios, ¿vendría nadie á San Sebastián en verano?

¡Y cada año viene más gente, y cada año hay más ruido!

¡Ruido en verano, ruido en otoño, ruido en invierno... ruido á todas horas!

Yo suelo quedarme aquí á pasar la otoñada, que suele ser deliciosa. Este año, salvo que llueve todos los días hace un mes, que por la tarde hace calor y por la noche se hielan los paraguas, y que la carne sabe á *ayorbe* y el agua está turbia, ¡¡el otoño es precioso!!

Las tardes se las pasa uno enteras jugando á carambolas, y las noches jugando á palos. ¡Es un disfrutar *loco!*

Seis horas seguidas oyendo:

—¿Cuántas tenemos?

—¿Cuál es la mía?

—¡Con *diez* juega, por *diecisiete!*

—¡No te metas, bola!

—¡Métete!

—¡Mesa!

Todo el mundo grita; los tacos se caen con estruendo; los *chapós* producen alborotos...; ¡venga agua y venga ruido!

—¿También hay ruido cuando se van los veraneantes?—me preguntará el curioso lector.

¡También!

Son otros ruidos: ¡ruidos de invierno; ruidos *forales*, como si dijéramos!

Los del verano son francos y los del invierno traidores.

En verano se levanta usted oyendo frotar el cuarto de encima.

Viva usted donde viva, tendrá usted esos *frotamientos* que le imposibilitarán dormir. ¡Run-run, run-run, run-run; ea, al suelo!

En seguida, música de la charanga. Para anunciar cualquier cosa, partido de pelota, función de teatro, corrida de toros, *lo que sea*, una banda de música por las calles y cohetes.

¡Pero qué cohetes! Deben ser del sobrante de las escuadras yanquis, porque cada uno es un cañonazo, y los sueltan á cuatro metros de distancia del que está tranquilamente en un banco leyendo *La Voz*.

Que entra un barco, ¡cañonazos!

Que hay corrida mañana, ¡chupinazos!

¿Que hay fiesta en San Marcial?

¡Diez ó doce mil tiros!

«En este tranquilo país...», dicen los periódicos y los historiadores.

No, señor, no; es honrado, bien administrado, pintoresco, católico, ¡pero lo que es tranquilo, eso no!

Concierto por la mañana en el Boulevard; concierto por la tarde en el Casino; concierto

por la noche en el Boulevard, y otra vez concierto en el Casino. ¡Este verano ha oído la gente trescientos setenta conciertos! Y vengan *Lucias*, y *Cármenes*, y *Hugonotes*, que aquéllo ha sido una locura.

—¡Cuándo se acabará ésto! —llega uno á decir. ¿Cuándo entraremos en la vida normal?

La vida normal es peor, ¡pero mucho peor! Hay en esta ciudad así como medio millón de niños, todos sueltos por las calles, aprendiendo á torear. Todos juegan al toro. Ténganlo en cuenta los regeneradores de la nación, porque es muy importante para la reforma de las costumbres.

Es una verdadera plaga de chicos. Aquí la clase media y el pueblo se acuestan muy temprano, y... ¡es claro!

Pues todos gritan, y se reparten en todas las calles para que del ruido disfruten todos los vecinos, sin excepción. En seguida se ha de oir la campana del tranvía eléctrico á todas horas. ¡Es inevitable y es necesario!

En San Sebastián hay, según mi cuenta, unos veinte mil pianos. Los donostiarras nacen con un piano debajo del brazo. En mi casa hay uno en el piso de abajo, otro en el de arriba, uno en la casa de la derecha y otro en la de la izquierda. A las siete de la mañana suenan los cuatro á un tiempo, y frotan el suelo en cuatro pisos cuatro criadas diferentes, pero todas

con una fuerza motriz en los pies, ¡que da miedo!

No hay medio de dormir. En esto pasa el regimiento tocando un paso doble que hace retemblar los cristales. El que se esté afeitando se cortará los bofes.

A las once y media, ¡pum! el cañonazo de la plaza de Guipúzcoa para hacer boca. Cuando menos se lo piensa el hombre aburrido que se va á la parte vieja de la población á buscar silencio, le sale á la vuelta de una esquina el pregonero y le suelta un redoble de tambor á quemarropa...

En los cafés juegan al dominó con un granizar de fichas sobre la mesa que es un gusto. Los jugadores no pueden jugar si no gritan. ¡Todo á gritos! Aquí, hablar en voz baja es pecado, como el patinar, ruido de ruedas que han hecho desaparecer los predicadores.

De vez en cuando hay en la ciudad un momento rarísimo de calma, en el que no se oye ni la campana del *eléctrico*, ni el redoble de Salcedo, ni cañonazos en el castillo, ni barrenos en el monte, ni tiro al blanco, ni coro de niños, ni nada de lo corriente, y de pronto retiembla la casa. Con el aldabón de la puerta llama el comendador vestido de cartero, que trae el correo.

—¡¡Pon!! ¡¡Pon, pon, pon, pon!!

Salta uno en la silla hasta dar con la cabeza en el techo.

Y abajo grita el funcionario postal:
«¡Carteroooo!»

Pero esto con voz estentórea; porque, lo repito, en esta población el que no grita ni es nadie ni se le hace caso.

Y por la noche, cuando al acostarse dice uno, oyendo el plácido rumor de las olas:

—Vaya, ahora descansaremos...

Suena de pronto el mugido del *mamelena* de mi amigo Mercader. ¡Muuuú, muuuú!

El barco pesquero que entra ó que sale.

Y en la calle un toque de *carracas* que espanta...

—¿Qué sucede? ¿qué pasa? ¿Ha entrado el enemigo?

Es que hay fuego. Y por este lado de España, cuando hay fuego, en vez de tocar las campanas, se toca llamada por las calles con cornetas de día, y por las noches se toca la carraca.

Me es imposible acabar este estudio... Son las dos de la madrugada, y arriba hay uno que se queja de dolor de muelas á gritos, y abajo un niño que llora á chorros...

¡¡Me voy mañana!! ¡¡Hasta el año que viene!!

San Sebastián, 1898.

MEMORIAS DE UN GOBERNADOR

(EN TIEMPO DE ELECCIONES)

Uf! ¡Esto no es vivir! Llevo todo el día recibiendo *elementos*. El Gobierno me telegrafía: «No descuide usted el elemento Pérez.» «Tenga usted cuidado con el elemento Gómez.....» El despacho le tengo lleno de personas que me dicen: «Nosotros somos el elemento Argudín; los elementos conservadores nos llevan ventaja.» ¡El Gobierno no me ha enviado aquí para luchar con los elementos!

A las nueve de la mañana ha entrado el secretario del Gobierno civil y me ha dicho:

—¿Qué Ayuntamientos suspendemos hoy?

—¡Llevo un mes suspendiendo corporaciones! Mis noches son horribles. Veo en el techo de mi alcoba cuarenta alcaldes suspendidos que me gritan: «¡Verdugo!»

—Pues no hay más remedio. El Ayuntamiento de Pelotes de la Hera es carlista; el de Fuentevizca, conservador; el de Carrizales del Moño, republicano.

—Bueno, ponga usted las órdenes y compre usted más cuerda. Con tal de que ganemos las elecciones.....

—No es seguro. El candidato de Velacorta ha ofrecido á cinco duros el voto, pan, vino y un cigarro de á peseta; el ministerial no da más que diez reales y un chorizo. ¡Así no hay política posible!

—¿Y en Cañogrande?

—Ahí estamos peor. El candidato conservador paga los votos á diez duros, y además da de almorzar dos veces, con vino, café y aguardiente del Mono.

—Pues estamos perdidos.

En aquel momento anunció el criado al marqués de la Funda.

—¡El cacique!

Nos levantamos como movidos por el rayo.

—¡Oiga usted, gritó entrando con el bastón en alto; si no sirve usted para esto, puede usted volverse á Madrid y haré las elecciones yo! En Aguastibias andan á tiros.

—¡Jesús!

—Sí, señor; á mi primo, que es el registrador de la propiedad, le han saltado un ojo de un ladrillazo; su señora, que está en días mayores,

está sacramentada del susto. ¡Y usted tomando café!

—Pero señor.....

Envíe usted en seguida una compañía de Guardia civil. ¡Qué gobernadores! ¡Y para eso le he traído yo á usted á mi provincia! ¡Abur!

Se va, y dice el criado:

—El duque de Cuellolargo.

—¡Nos caímos! Este es el candidato neo. ¡Señor duque! Tenga usted la bondad de sentarse...

—Mire usted, señor gobernador, no se moleste usted en combatirme; yo le aprecio á usted mucho, y he de hablarle con toda lealtad. Traigo cuarenta mil duros, ¿lo oye usted bien? doscientas mil pesetas, para gastármelas en la elección. Los electores me besan la levita cuando paso por la carretera. Es inútil que vaya usted en persona allá, porque tenemos pensado echarle á usted al río.

—¿Cómo al río?

—Sí, señor, al río. Más valdrá que se quede usted en su casa, y yo le daré á usted pruebas de.....

—¡Ah! ¿quiere usted sobornarme? ¡Salga usted de aquí!

—Bueno, usted se lo pierde. Yo doy doce duros por voto y una vaca

—Eso de la vaca ya me asusta.

—Y además hago un San Damián de tamaño natural para la iglesia. Usted lo pase bien.

—Vaya usted con Dios. ¡Secretario, yo no puedo más!

—¡Ánimo! Aquí tiene usted las órdenes para suspender nueve Ayuntamientos más.

—Pero hombre, ¡no vamos á dejar uno!

—¿Y qué remedio?

El criado.—Señor gobernador, ahí está un hombre que dice que es el papeletero.

—¿Y qué es eso? ¡A ver, que éntre!

Entró un sujeto de aspecto sencillo que me dijo:

—Yo soy el que suele hacer las papeletitas.

—¿Qué papeletitas?

—Estas: ¿ve vuecencia qué bonitas? Se conocen al tiento, y se cambian por las otras, por las buenas. Con unos presidentes de mesa listos, todos los votos son para el Gobierno.

—¡Salga usted de aquí!

—A dos pesetas el ciento.

—¡Salga usted, ó le mando prender!

—Bueno, señor; ¡se las venderé á las oposiciones!

—¡Pero esto es imposible! ¿Quién me sacó de Madrid? Secretario, hagamos un recuento; mañana es el primer día de elecciones, y á estas fechas no sé cómo andamos.

—También hay que suspender al Ayuntamiento de esta capital.

—¡Pero por el amor de Dios!

—Si no, nos revientan.

—Bueno; ¿pero el aspecto general.....

—El aspecto general es el siguiente. Los electores están este año muy bravos; son de cuatro yerbas, y la mayor parte de ellos están placeados.

—Tiene usted un modo de hablar, que se lo voy á contar á D. Trinitario.

—Ya sabe usted que soy torero de sangre. Pues este año no votan menos de seis duros, uno con otro. Solamente suspendiendo estos pocos Ayuntamientos que tengo aquí de reserva.....

—¡Por favor!

—Y oponiendo al oro de la reacción unos candidatos que les ganen la cabeza á los toros....

—¡Todos los ministeriales son personas de arraigo!

—Bueno, pues que vengan todos mañana. Pondremos en todas las plazas fuentes de vino, y un guardia civil al lado de cada elector. Haremos pagarés de diez duros á cobrar dentro de tres meses; y si les prometiéramos un puente y una placita de toros á cada pueblo.....

—¡Yo me voy esta noche!

—Bueno, yo lidiaré la corrida entera, porque veo que el señor gobernador no se ha enterado de que ya no hay ni partidos, ni gobierno, ni nada más que unos cuantos millones de ciudadanos que en leyendo un decreto de convocatoria dicen: «Bueno; veremos quién ofrece más. Ya sé que el sagrado derecho me procura un día

de juelga, diez duros de momio y la colocación de mi sobrino.» Si el señor gobernador no lo ve así, más valdrá que se retire.

—¡No, no puedo! ¡Sería una cobardía! Vamos á ultimar los preparativos del día de mañana. Escriba usted:

Doce docenas de chorizos.

Cuatro compañías de Guardia civil.

Dos mil papeletitas de esas al tiento.

—Todo eso va bien; pero se nos ha olvidado, con tanto hablar, que tenemos sin suspender seis Ayuntamientos monteses de los más peligrosos...

—¿Todavía más?

—Porque los del distrito del duque los suspenderemos una hora antes de la corrida!

—¡Haga usted lo que quiera!

1898.

El armero bondadoso.

Sucedió días ha en París algo que podría dar apuntes para una pieza. (¡Oh, Pina!)

Un hombre entró en una armería á comprar un revolver.

La cara del comprador llamó la atención del armero.

Este armero, según se ha sabido después, es un filántropo, aunque vendedor de cosas que matan.

No tuvo más que fijarse en la cara del que acababa de entrar en la tienda, para suponer lo siguiente:

—Este hombre va á matarse.

Y en seguida se dijo:

—¡Hay que impedírselo!

Para llegar á este generoso resultado, le vendió un revolver... imposible.

Nótese bien que el armero no se equivocó en la suposición.

Efectivamente, el comprador era un suicida. Dicho suicida se va fuera de puertas, se apunta, dispara el revolver, ó por mejor decir, el tiro; ¡falta! Segundo tiro; ¡segunda decepción!

Llegan los guardias, prenden al caballero. Declara su intención, se queja del revolver, reclama contra el armero, y éste hace ante el Jurado la *pasmosa* declaración siguiente:

—Según la fisonomía de los parroquianos, así vendo, ¡y así he evitado más de un asesinato!

Cuando veo claro que me piden un revolver *para matar*, vendo un arma que no mataría á una mosca.

Imagínese el lector el efecto que este nuevo protector de la humanidad en beneficio propio ha debido causar en los Jurados.

Las leyes, ó los que han de ejecutarlas, se encuentran á veces en presencia de casos extraordinarios.

Porque, á decir verdad, la intención del armero no pudo ser mejor.

—Pero, ¿y la buena fe comercial?—¿exclama el suicida—¿Acaso tiene él derecho de estafarme? ¿No puedo yo matarme cuando se me antoje, sin que el armero de la esquina me lo impida? ¡No basta devolverme el dinero!

El armero se defiende con su buena intención.

—El año pasado—dice—entró en mi tienda un individuo de mala catadura y en un estado de sobreexcitación indudable.

Me pidió un revólver. Entré en la trastienda, y..... reflexioné.

—¡O se va á matar ó va á matar á alguien!—me dije—y le dí un revolver sin peligro.

El hombre salió de mi casa, y disparó sobre su mujer y sobre su suegra, ¡y el tiro no salió!

Los jurados, según tengo entendido, celebraron la primera falta y deploraron la segunda.

—¿No evité dos muertes en aquel día?—añade el honrado comerciante, ó por mejor decir, el honrado vecino de La Villette.

—¡Indudable!

Pero el asesino estafado reclamó también sus quince francos. El Jurado perdonó la mala calidad del arma homicida.

Daría ocasión este caso á muy extensas consideraciones, y un redactor de *El Fígaro* ha comenzado á hacerlas muy oportunas.

Por ejemplo:

Un albañil se cae de un andamio, á cuarenta metros de altura.

Al averiguar las causas del accidente, se observa que las cuerdas en que estaban atadas las tablas del andamio no eran bastante fuertes.

El cordelero que las vendió es encausado.

—Permítaseme defenderme; — dirá ante el tribunal.—El hombre que vino á comprarme las

cuerdas tenía cierto aspecto sospechoso..... Una voz secreta me anunciaba que aquel hombre tenía la intención de ahorcarse, y por eso le vendí unas cuerdas podridas.

Un ciudadano entra en un bazar ó en una peluquería y pide navajas de afeitar.

Las paga muy caras. Llega á su casa, prepara un jabón..... se aplica la navaja al cutis..... ¡nada! Con aquellas navajas no puede cortarse una hoja de papel.

Pide que le devuelvan su dinero.

—Perdón..... dice el vendedor citado á juicio. Se me figuró que este caballero quería degollarse y no me atreví á darle el arma fatal.....

—Portero, ¿hay cartas para mí?—pregunta un inquilino.

—No, señor, no hay nada.

Esta pregunta y la respuesta inmediata, se repiten durante ocho días.

Al cabo de la semana, el inquilino sabe por las personas que le escribieron, que las cartas no han llegado á sus manos.

Reclamación ruidosa en la portería.

—Le diré á usted—observa el portero—se me figuró que las cartas traían malas noticias, y como yo le quiero á usted tanto.....

Entra un extranjero en un gran *restaurant* del Boulevard y come por 60 francos.

Antes de llegar á los postres se siente morir.

Aquéllo no es un cólico; es un envenenamiento, indudable!

Acude gente, llaman á un médico, el parroquiano jura y perjura que está envenenado.....

—¡Alto, señores, alto! No hay que suponer lo que no existe... este caballero, al sentarse á la mesa tenía la cara tan biliosa... ¡que le he puesto aceite de ricino en la salsa de anchoas!

A estas observaciones hay que añadir las que sugiere el vino.

Cada tabernero, según la teoría del armero filántropo, tendrá derecho á poner dos terceras partes de agua en cada litro de peleón, y si algún parroquiano se queja, podrá decir con la tranquilidad del que ha cumplido un deber sagrado:

—¡Los obreros se embriagan! ¡Lejos de castigarme, hay que darme una recompensa nacional!

Y acaso se la den, porque al armero bondadoso le ha enviado á su casa los jurados del Sena sin hacerle pagar una *triste* multa de 5 francos.

Aseguro á fe de cristiano, que cuando se me ocurra matarme, iré á comprar el revolver á su casa.

París 1885.

Empleados por horas.

¡DESESTERO!

Como si dijéramos: ¡fiesta nacional!

—¡Qué diferencia hay entre la lentitud de la Administración y las necesidades de los pueblos!—gritan los diputados cuneros, vulgo coleópteros-tetraneros curcubiónidos, gonatóceros, ordinariamente llamados diaprepsos, que en las Antillas se comen las plantas y aquí los votos.

Pero ¿dónde están la fábrica, los talleres de la Administración, sino en las oficinas del Estado?

Y si no hay oficinas, ¿dónde administraremos?

Para guisar un pavo en pepitoria: *Receta.* Y dice el *Arte de cocina*:

«Tomarás un pavo...»

—Pero ¿dónde está el pavo?—exclamaba irritado Fernández y González.

En otros países donde el trabajo merece el nombre de tal, hay en el año cincuenta y dos fiestas, ó sea domingos, y la fiesta nacional: to-

tal cincuenta y tres. ¿Que cae el Corpus en un jueves? Pues se hace la fiesta del Corpus el domingo siguiente. ¿Que cae en viernes el patrón de la ciudad? Pues se celebra la fiesta del patrón el próximo domingo.

Aquí hemos convenido en que el trabajo constante, asíduo, sin interrupción, es origen de muchas enfermedades. Recordamos aquella profunda máxima escrita por mi inolvidable amigo Florentino Sanz en un álbum:

«Trabaja y obtendrás el premio, ó no le obtendrás:»

¡Trabajar!

Esa es cosa de gente plebeya, y aquí somos todos nobles y ricos por nuestras casas.

Por eso decía la otra noche un pobre, haciendo la cuenta del día en un portal con su lazarillo:

—¿Cuánto hay?

—Diez y seis reales.

—*¿Namás?* ¡Esto está perdido: va á tener uno que echarse á *trabajar!*

Véase, día más ó menos, lo que dedicamos, es decir, lo que dedican los *gipaetos* con sueldos (véase el *Diccionario zoológico)* al servicio de los mansos contribuyentes y resignados electores.

Ó mejor dicho, veamos los días en que no se trabaja:

Domingos....................................	52
Días celebrados ó fiestas de preceptos..........	22
Fiesta nacional.................................	1
Días de gala..................................	2
De media gala................................	3
De 25 céntimos de gala, es decir, días de trabajo en que hay corrida de toros, carreras de caballos, fiestas de Mayo, Ceniza, sábado de Gloria, motín callejero, principios de crísis, gobierno nuevo, cierre de tiendas, manifestación peligrosa, San José, los Dolores, fiesta de San Antón, Pradera y otros jugueteos; como término medio y sin exagerar..................	15
Veraneos, es decir, licencias por turnos á los empleados, de modo que el que sabe donde está el expediente no está nunca..................	20
Estero..	2
Desestero.....................................	2
	119

Ciento diez y nueve, cuarto de hora más ó menos. Hasta trescientos sesenta y cinco días que tiene el año, nos quedan para trabajar, aunque me esté mal el decirlo, doscientos cuarenta y seis.

Las horas de oficina parece ser que se cuentan de nueve de la mañana á dos de la tarde; pero como hay que almorzar y además como por la mañana no va nadie á las oficinas á nada, como no sea algún punto provinciano que no sabe una palabra de cosas madrileñas, pongamos que el trabajo se hace de nueve á dos, es decir, cinco horas por día. De modo que dos-

cientas cuarenta y seis veces cinco horas son mil doscientas treinta horas.

Cuyas horas representan, divididas por las que tiene un día, cincuenta y un *días* de trabajo, es decir, de sueldo.

Ó lo que es lo mismo, tanto de sueldo *anual* por un par de meses (y me corro) de trabajo.

Se me dirá que hay oficinas, ó secciones, ó empleados, que trabajan á veces doce horas por día en tiempo de elecciones, por ejemplo, ó de reclamaciones en el Congreso, ó de sucesos extraordinarios. ¡Hasta los hay que velan!

No lo niego; pero ahora voy á resultar ministerial de todos los gobiernos, diciendo una cosa que va á parecer impopularísima: ¡Los que trabajan constantemente son los ministros!

Éstos tienen que estar á la faena desde que Dios amanece hasta las tres de la madrugada, y llevar la responsabilidad y estar sentados en aquel banco azul aguantando los pelotazos, como esos muñecos que hay en las barracas de las ferias en el juego del *¡pim! ¡pam! ¡pum!*, para que todo el que pase les tire á la cabeza.

Los demás funcionarios deberían regalarle un colchón de honor al que compone los calendarios, porque entre domingos, fiestas, santos, galas, crísis y horas perdidas, les sale por una friolera.

Lo lógico sería no pagar sueldos, sino pagar

por horas. ¡Los tres ochos! ¡El verdadero socialismo del Estado!

Con el desestero, se me van á resfriar doscientos auxiliares, ciento dos escribientes y sesenta porteros, y el que tenga que preguntar por algo que le corra prisa tendrá que hacer como un paisano mío, que lleva tres meses sin poder ver al jefe de no sé qué sección. En tiempo de Sagasta el hombre *no iba,* porque sabía que lo iban á quitar, y ahora *no va* porque sabe que lo van á echar á la calle en cuanto se cierre el apartado.

Mi paisano se entretiene, mientras espera, en leerle la *Biblia* al portero mayor... ¡y ya están en *Isaias*!

1895.

LA OVACION REGLAMENTADA

HABRÁ que hacer un *Reglamento de entusiasmos*, al paso que vamos...

¡Sobre que los españoles nos entusiasmamos por todo!

¡Pero sin orden ni concierto!

Las impresiones de la multitud brotan, surgen de pronto sin límites ni medida, y así resultan unas manifestaciones colosales de popularidad que no hay quien las entienda.

Hacemos popular á todo el mundo, eso sin contar con el individuo que se hace popular él mismo. Desde el cómico ó el cantante que telegrafían á un periódico: «¡Gran ovación anoche! *nueve llamadas*»; hasta el Gobierno, que les dice á los funcionarios: «mañana á tal hora, en tal parte, á *ovacionar* á Fulano», todos contribuímos, periodistas y público, *masas* y particulares, á trastornar la cabeza del Juan X*** convertido en *ídolo* de la noche á la mañana.....

Escribe un principiante un acto en verso para el teatro Tal. Le sacan á escena ocho ó diez veces, y aun en medio de la representación, *si cabe*. A los ocho días le dan un banquete de sesenta cubiertos, y le leen versos... ó cosa así. Lo mismo, ni más ni menos, que al que escribe un hermoso drama trágico, ó al que pronuncia un discurso de esos *que hacen caer una situación* como suele decirse.

Mata un torero muy bien sus seis toros. Hay que sacarle en andas de la plaza, echar las campanas á vuelo, proclamarle emperador de la tauromaquia, y se produce lo que los inteligentes en esto llaman el *disloque*.

Pues que sale un diputado fresco y me pone al gobierno, cualquiera que sea, como un trapo, con palabras altisonantes y frases de á diez céntimos palabra. *Tirada* aparte, banquete en restaurant caro, telegramas, cablegramas, telefonemas y planchas de oro con firmas de primera...

Y resulta que no hay clases; que lo mismo nos echamos á la calle cien mil ciudadanos á vitorear á Cabriñana, que nos ponemos en pie dieciseis mil en la plaza á decirle al *Bomba* que viva su señora madre; lo mismo escotamos á dos duros por barba para banquetear en honor del concejal del distrito, que para dar una comida con el *menú* en francés al *financiero* que ha prometido un ferrocarril de vía húmeda, digo,

de vía estrecha. Al héroe de Cuba le damos lo mismo que al que *creemos* que ha dado con un remedio para curar el cólera. Hace su beneficio un actor popular, y allá van los centenares de objetos, y cosas de comer, beber y arder, llenando el saloncillo. Se casa «la distinguida Señorita de tal, hija de un conocido conde que estuvo el año pasado en Marmolejo», con «un marqués, hijo de un conocido negrero que ha sido presidente de varias cofradías», y los periódicos, olvidando las cuestiones más interesantes, publican una lista de regalos que da miedo.

¿Que llega tal eximio á tal punto? Cohetes, cañonazos, el orfeón, la infantería, la caballería, la artillería, las mangas de la parroquia, hacheros, maceros, caballeros primeros, caballeros segundos, comparsas y pueblo de ambos sexos.

¿Que llega el día del santo del más espantaneo del Ponto de Calidonia? Diecisiete mil telegramas *urgentes*, serenata mónstruo, iluminaciones, álbum con las fotografías de todos los que mantienen los contribuyentes, terminando la ovación con una bonita función de fuegos artificiales.

Se despide del público un torero. ¡Pon fin! Ya no le veremos dar más bajonazos, dolorosas, tres en hueso y una á la atmósfera. Se retira á la curda privada. Y nos entra un entusiasmo loco, y pagamos las barreras á cuatro duros, y le hace-

mos una de esas apoteosis entre sol y sombra «que encienden vivo», como dicen los maestros.

Y lo mismo, *viva* más ó menos y Marcha de *Cádiz* menos ó más, haremos con el valiente que viene de Cuba ó Filipinas sin brazos ni piernas, que con el tenor que llore por la tiple perdida, vestido de dominicano. Coronas, palomas, codornices con cintas azules y gorriones con la cinta de Carlos III.

No, no puede ser; hay que arreglar esto y aplicar las reformas de entusiasmo y hacer un reglamento interior de delirios y frenesíes. El proyecto podría presentarle á las Cortes uno de esos diputados noveles á quienes despiden sus electores con la Marcha Real y la Marsellesa, salteadas, con los riñones, sin perjuicio de que se oponga el amo de la nación ó venga Paco con la rebaja.

Y pudiera ser algo así, como sigue:

Los entusiasmos y ovaciones se dividirán en clases, como los entierros. Los honores que se hacen á los séres queridos dependen, ya lo sabe el lector, del dinero que tiene la familia. Al pobre al hoyo. Al rico, entierro de cinco actos, como los dramas franceses, con catafalco, cantantes en el coro y luces de bengala verdes.

Pues lo mismo habrá que hacer con los vivos *ovacionables;* aquel *Ministerio de asuntos morales* que pedía Castro y Serrano, si un día se crea, tendrá una *Dirección del Registro de la popularidad,*

y en él se organizarán y *dictaminarán* los entusiasmos según la importancia y categorías de las celebridades.

Por ejemplo:

Para un orador que pronuncie un discurso de *sensación:* Tres clases de glorias... nacionales:

1.ª Si el discurso hace caer al Gobierno: manifestación callejera de seis mil personas; banquete en Lhardy á diez duros cubierto. Retrato *en color* en tres periódicos ilustrados. Plancha de oro *mate,* con trescientas firmas con los segundos apellidos.

2.ª Si el discurso es pura y sencillamente de oposición liberal: Visitas por grupos á la casa del orador; banquete en el Hotel Inglés á diez pesetas por barba; retrato sencillo, en negro, en un periódico diario. Nada de planchas. Tirada aparte en el periódico del partido.

3.ª Si es discurso y orador carlista ó republicano: *Velada* en el Círculo correspondiente. En el Círculo de los primeros, discursos y versos; en el de los segundos, discursos y bronca; y de ahí no se pasa.

Para el autor de un drama simbolista, ó realista, ó de muertos, heridos y contusos, con gran éxito é infinidad de *llamadas*: Acompañamiento á su domicilio con antorchas, músicas y vivas. Serenata con rondalla y jota de *La Dolores* y cerradura de *Tanhausser*. Banquete en Fornos, con asistencia de hombres políticos, tal cual de aca-

démicos y un sí es no es de obispos de paso. *Calle*. (Quiero decir se bautizará una calle con el nombre de la víctima.)

Para el autor de un acto de chulapería con música de *ole* y trajes de antaño: Almuerzo en la Bombilla, con organillo de piano y caracoles embolados, que no hacen daño á nadie. Retratos y biografía en varias hojas públicas. Paseo por las principales calles de la población, seguido de los abonados y los admiradores, todos vestidos de casaca y chupa. Palmas y cigarros. *Callejón*.

Para el autor de un libro de versos sentimentales con muchas seguidillas á lo largo, de esas que dicen, sobre poco más ó menos:

Desde que tú no vives, de triste muero;
de mi alma soy el negro sepulturero;
la planta que dejastes en la ventana
me da memorias tuyas por la mañana,

y así por el estilo. La ovación consistirá en *lluvia de fotografías* arrojadas desde los balcones al paso del vate, como se hace con el Dios chico. Además, cada vecino adquirirá uno ó más ejemplares, según su calidad, aplicándose para esto el reglamento de cédulas personales. Cabezas de familia, tres ejemplares empastados; niños y soldados, páginas sueltas; las poetisas, á mitad de precio.

Para el que gane el primer premio en una ca-

rrera de velocípedos: Estatua *cicleste* de acero en medio del velodromo. Una alegoría de la Fortuna con rueda de goma, costeada por los habitantes de las afueras. Una colección de las poesías de Rueda. Si el premio se gana en *tandem,* un magnífico ejemplar de los discursos de Cicerón, por aquello de *¡quosque tandem!,* que es de donde vino la palabra pedaleando.

Para el cómico que *arrebate* al público en una obra: Gran *diana ovacional.* Todos los vecinos de la localidad se asomarán á los balcones y aplaudirán á la vez; en seguida bajarán á las puertas y se repicarán con los llamadores, para que los llamados no tengan cuenta. Gran manifestación ó *baño de ola.* Todos los vecinos en ala, cogidos de las manos, imitarán la *salida á escena. Plaza.*

Para el torero que se tire corto y derecho: Salida triunfal de la plaza en hombros del Excelentísimo Ayuntamiento. Repique general de campanas. Globos con anuncios luminosos de la corrida próxima. Retrato de cuerpo entero en *La Lidia,* y en la Exposición del año. Título de marqués. *Barrio.*

Y así, sobre poco más ó menos, iremos haciendo célebre á todo ciudadano que sepa leer y escribir ó *aunque no sepa,* y al mismo tiempo nos fatigaremos menos. Y acaso un día, ese que llaman en los discursos el Poder *moderador* verá pasar por la calle á un sujeto, en quien la multitud no repare, y preguntará:

—¿Quién es ese?

—Un cualquiera; nadie,—le responderán.

—¡Ah! ¿nadie? ¡Que venga en seguida y le haremos Presidente del Consejo!

1897.

CONSEJOS CONTRA LAS PESTES

La reina Isabel suele decir para justificar lo rutinario de su vida:

—Maruja se llamó mi abuela, Maruja se llamó mi madre, y Maruja me llamo yo.

Pues este proverbio castellano hay que aplicarlo, con permiso de los médicos, á las circunstancias presentes.

Por todas partes, en todos los periódicos oimos y leemos que contra la *bubónica* ó contra la *tifoidea* (dos primas hermanas que nos han venido del pueblo), que hay que privarse de esto, y privarse de lo otro, y no beber tal agua, y no abusar de tal vino.....

Créame el pío, bayo ó blanco lector. No debe el hombre variar sus costumbres, gustos, usos ni alimentación, porque eso precisamente es lo que mata.

Obsérvese los años que viven los labradores,

las monjas, los borrachos y los loros. ¡Es porque comen y beben siempre lo mismo!

Se saca de su aldea á un honrado patán que tiene la costumbre de comer poco y beber agua de la fuente; se le trae á Madrid se le da de comer una semana en Fornos, y el infeliz, ó enferma ó se muere.

A cualquiera de nosotros, acostumbrados á la buena mesa, tabaco, café, cerveza, coñac, conversación de última hora, lectura de periódicos y corte de vestidos á los amigos, si se nos encierra por un año en una celda del Escorial y no se nos da más que arroz con sal, pan y agua y un libro de Teneduría de libros por toda lectura, ¡nos quedaremos como una angula ó nos moriremos de melancolía!

Cualquiera que vaya al Casino de Madrid á última hora verá socios de ochenta años cenando fuerte, y habiendo vencido á todas las pulmonías que se entretienen en coger los tontos. Hay generales de ochenta y pico de años, que lo mismo se comen una docena de buñuelos que firman una circular. Hay un socio que tiene *noventa* años, y le suelo ver tomándose un baso de horchata de chufas; que si le tomara yo, ¡pobres hijos míos! Pues es que todos estos señores tienen *costumbre* de hacer eso setenta años há. ¿Por qué razón, si el tifus ha de atacarles, les ha de poner antes á media ración? Un criado tuve yo en Biarritz, que á los sesenta años se bebía el

pobrecito diez ó doce copas de coñac diarias. Le suprimí el coñac y se puso á la muerte. Vino el médico y dijo:—Este hombre no vive dos días.—Pues si no va á vivir dos días.....—No, señor; tiene una fiebre muy mala.....—Pues si no va á vivir dos días, se va á morir á gusto, dije yo.—Bautista, ¿se tomaría usted una copita de coñac?—¡Ay, señor, creo que me curaría! Le dí una copita de Martel á las seis de la tarde: le sentó muy bien; le dí otra á las diez; se reanimó; otra al salir el sol..... á los cuatro días estaba regando el jardín, cantando un cacho de ópera.

Mis paisanos lucharon con el cólera cara á cara. Cuando más casos había en Zaragoza, se reunieron unos cuantos amigos y digeron: —¿Qué es lo que *prohibe* el cólera? ¿La fruta? ¿Las comidas esas que *ice* el periódico? ¡Pues á ver quien *pué* más! ¡A nosotros no nos pone nadie la ley! Por la mañana se comían una fuente de escabeche y una ensalada de pepinos; por la tarde escabeche otra vez, pimientos y tomates, *molocotones* en vino, y encima un jarro de leche. ¡No se murió ni uno!

D. Narciso Campillo me recordaba anoche el caso del barquero inglés Tomás Parr, que vivió remando *ciento cincuenta años*. Se casó á los noventa y ocho con una muchacha de dieciséis. Este hombre era muy sóbrio; comió toda su vida un poco de pescado, un pedazo de pan, y bebió

agua á pasto. Puede ser que viviera todavía si un amigo no le hubiera llevado una tarde á una taberna, donde comieron en grande y Parr bebió un vaso de vino. Y allí se quedó.

Si á este hombre en épocas de peste le hubieran obligado á variar de alimentación ó de remedios y á tomar preservativos ó medicamentos, no llega á los treinta años.

No; no hay que variar la vida; hágase siempre lo mismo y espérese á las pestes con tranquilidad y *con limpieza,* porque lo que mata no es la peste, sino el horror á lavarse, la ropa sucia, los retretes en las cocinas, el hacinamiento de personas, la poca costumbre del aseo. Aquí donde tuvimos un rey dueño del mundo, célebre en la historia, que se murió comido de gusanos porque estaba reñido con el agua, la nación ha sido siempre sucia, como si el lavarse fuera pecado. ¡Eso es lo que hay que combatir, eso!

¿Pero suprimir tales ó cuales cosas, privarse de tal comida ó tal bebida, vivir en tortura de gustos? Eso no prueba nada. Haga cada cual lo que haya hecho siempre, coma lo que siempre haya comido, beba lo que tenga costumbre, y si tiene dinero prefiera siempre el vino á seis pesetas botella, ¡porque ese es el que ha salvado á muchas familias!

1899.

BRONCÁPOLIS

Si; Broncápolis llamarán nuestros menores al Madrid de 1895, como nuestros mayores llamaron Bílbilis á Calatayud. Y dirán: «La antigua Broncápolis de los *polemitas*» (la *s* se habrá perdido con el tiempo.)

¡Bueno anda todo!—como dice el personaje de Ramos Carrión—¡Bueno anda todo en el año 95 de la Era cristiana y decimosexto de la era del Mico!

Las broncas á las broncas se suceden; los hombres á los hombres se atropellan; y el aire está envenenado y andan los armeros locos encargando género, y el Ayuntamiento va á fundar en la Moncloa una escuela de *padrinos de lance*, en vista de la alarmante sucesión de lances y percances que nos amenazan.

Los literatos comenzarán por dar el ejemplo; los *eximios*, que van convirtiéndose en lateros por horas!

Pues no digo nada de los políticos que andan mirándose de reojo unos á otros y llamándose cosas increíbles... ¡No se puede hablar con nadie! Siempre hay alguien que se enfada.—¡Ya, ya te he visto hablar con ese *ladrón*! Y antes de que uno conteste, dice el otro.—¡No sabía que eras amigo de ese *pillo*! Y se le ocurre á uno repetir aquello de mi malogrado amigo el eximio Lavi, cuando decía:—Yo comprendo que el público, cuando uno da una estocada *atravesá*, le llame á uno indecente, cobarde, morralón. . ¡pero no insultar!

El invierno que ha sido muy duro y la primavera que está siendo cruel, han perturbado los cerebros más privilegiados, y lo que sucede tiene algo de epidemia; un nuevo trancazo, ¡pero de veras!

La bronca se impone, se propaga, cunde; esto vá á concluir con diez senadores, cuatro ministros, diez periodistas, cinco críticos y un par de eximias, hechos todos una pelota, en los bancos de la prevención. ¡Como si lo viera! De aquí al día en que empiecen las elecciones municipales, ¡sabe Dios lo que va á ocurrir! Habrá que salir á la calle con honda y diciendo lo de:

Yo soy un soldado
valiente y audaz,
á aquel que me estorba
lo mato y en paz.

(Bretón (Tomás.)

Los eminentes y distinguidos se ponen como chupa de dómine, y ¿qué ha de resultar, sino que esta nueva escuela de protestas y quejidos encuentre adeptos que imiten aquella furia? Llena está la mesa de la redacción de reclamaciones y defensas propias, que van á ser otras tantas broncas futuras.

Los astrónomos nos dicen que no tenemos derecho á dudar de ellos y que si ellos anuncian que ha de llover y no llueve, es porque en las alturas hay muy mala fe y deseo de molestarles. Los agricultores y cosecheros (sobre todo los valencianos) dicen que no hay que discutir sobre las naranjas de antaño y que siempre ha habido melones, ahora más. Los médicos nos prohiben hablar de la enfermedad ó del fallecimiento de nadie, y hay uno que dice que si sus enfermos se mueren, bien muertos están!

¡Pues no digamos nada de los jugadores! Estos dicen que el juego es una cosa moral, y permitida, y la prueba es que se permite y que el gobernador no quiere perjudicar á nadie, y que del juego viven muchas familias, y que á fin de mes se verá lo que han beneficiado los pobres.

Los presos de todas las cárceles reclaman el *reclamo* que se les debe. «Mi crimen—dice uno—era más bonito y más interesante que el de Fulano y apenas se ha ocupado nadie de él. Ahora que han dado los políticos en publicar unos de otros las picardías que hacen, no va á

quedar nada que decir de nosotros. Mi causa era *célebre* y no ha sonado. Esto está perdido.

Ya empieza á indicarse otro género de broncas que son las que van á promover los que dan banquetes, fiestas y *veladas*.

—En mi casa, exclama uno de éstos, se da de comer dos veces por semana á literatos con dos principios, y apenas si se ocupan de ello los revisteros. Llaman á la señora del barón del Postre elegante, distinguida, espiritual, y hasta *escultural* la llamó el otro día un cronista, y á la mía virtuosa á secas, ¡como si fuera tan fea!

Va uno al café ó al casino, ó al teatro y no oye más que:—Esto va á concluir muy mal.—A ese tío le rompo yo la cabeza en el salón de conferencias.—¡La doña Emilia me tiene loco!—¿Con que mañana *nos cargamos* el drama nuevo?

—¿Qué hay del lance entre Fulano y Mengano?—¡Lea usted mañana lo que le digo al crítico ese del papelucho ese!

Y todas las noches se anuncia una convidada de palos para el día siguiente. Este verano los actores van á decir al fin de los estrenos:—La obra que hemos tenido el honor de representar, es original del egregio D. Fulano de Tal, cuyo señor cree que al final del segundo acto podían ustedes haber apretado un poquito más, ¡y poquita conversación y á casa!

Y aquí donde reglamentamos el juego y las niñas malas y tantas otras cosas, vamos á te-

ner que reglamentar á los bronquistas, que ya se cuentan por millares, y el gobernador sea el que fuere, dará tarjetas ó permisos de varios colores para poder ejercer de abroncado y buscárselas. Y serán como siguen:

Cartón azul, para broncas literarias. (Protestas contra el público, insultos á la crítica, defensa de novelas y de faltas de ortografía.)

Cartón blanco, para broncas políticas. (Jugueteos conservadores, palos entre periodistas, bofetadas entre reporters y pedradas entre cómicos.)

Cartón rosa, (arañazos de literatas, desafíos de ¡embusteras, calumniadoras! Permiso á los capellanes para tirar al sable, concesión de líos en la vía pública.)

Cartón verde. (Autorización para insultos entre personas distinguidas, peleas entre señoras de ministros, broncas en el nueve.)

Cartón violeta. (Para trapatiestas colectivas, con arreglo á la ley de reuniones. Veintidós contra veintidós. Permisos para apostar. Diez duros contra cien por los azules. (Ortodoxos). Catorce duros contra sesenta por los encarnados. (Heterodoxos). *Tongo* por los de Villajoyosa y los de Venecia.

Cartón para broncas electorales y cañonazos en las mesas; bonos de estacazos á domicilio.

Cartón especial para torneos en el Vivero y derribo de reses bravas en los Carabancheles.

Y como todo esto se pagará, porque cada

cartón tendrá su precio, el dinero irá á parar á los pobres, *si va* y no tendremos que oir á mendigos como el que anoche nos pedía así: ¡Caballero, una limosna por Dios para un gobernador cesante en la flor de la vida y sin ganitas de trabajar! ¡Esto es horrible!

De aquí á *las municipales Broncápolis* será ya un verdadero campo de batalla; leeremos en los periódicos sueltos como éstos:

«Examinando ayer unos sables trescientos dos silvelistas y cuatrocientos nueve canovistas, en el camino del Pardo, tuvieron la desgracia de herirse sin querer, sesenta y dos de los presentes. El Sr. Sagasta, que iba á Palacio, se rió mucho y aseguró que no sería nada.»

—

«Nuestro corresponsal de Oviedo, nos telegrafía que el Sr. Dean de la Catedral está un si es no es grave á consecuencia de una coz que le dió anoche un literato de secano, amigo suyo.»

—

«Para esta noche está anunciado el *match* á estaca, entre los de «la Huerta» y los de la cervecería Inglesa. Asistirán las familias respectivas.»

—

Y las empresas de ferrocarriles formarán trenes especiales para la

GRAN EXPOSICIÓN DE BRONCÁPOLIS

Inauguración el 12 de Mayo.

que así *lo rezarán* los carteles.

El principal atractivo de esta *Exposición*, es que en ella estará todo el mundo expuesto á cualquier cosa. Y habrá: (Juegos florales presididos por la Naranjera eximia) y se dará el premio del Minuto á la mejor composición á *Teresa (descansa en paz)* y el premio Cánovas al mejor estudio «Sobre las causas de la decadencia del teatro nacional en los pueblos de menos de doscientos vecinos; y el premio á la mejor *Oda A la Primavera electoral*, consistente en un puñal de Eíbar muy bonito.

Habrá carreras improvisadas, cucañas oficiales y corridas de candidatos, y en *Huerta-Jaí*, jugarán á rebote Elduayen y Pidal á veinte tantos, sin sacar. De zagueros, Guillermo Rancés y yo. ¡Muy interesante!

La novedad será la representación popular del cuadro bíblico de «*La Magdalena cantando guajiras y haciendo juegos malabares al pie de la Cruz de Carlos tercero*,» para el que ha pintado una decoración Moret y se han hecho doscientos trajes por el sastre de los toreros. Ya está vendido el libreto, que lleva un prólogo de D. José.

Y á todo esto correrán la pólvora los cesantes fusionistas, lucharán á brazo los conservadores,

boxearán todos los de Bosch y silbarán todos los de Silvela y habrá pedreas entre retraídos y accionistas (hombres de acción, quiero decir), y, en fin, el jaleo será tal, que se marchitarán las flores del ruído que habrá, como en la *Dolores*. Y cantarán los forasteros:

Salud, salud,
¡oh noble pueblo
de la reeeeectitud!

porque aquí al que no va derecho, recto, lo devoran. Yo me pondré á cantar bajo los balcones de la presidenta:

¡Dí si es verdad que me llamas,
dilo
dilo
dilo
dilo...
dilo Dolores por Dios!

Y entre tanto, se oirán á lo lejos los cañonazos conque atacarán á las redacciones los autores silbados, y el ruido de las espadas con que se batirán en todas las calles todos los partidos políticos *(strugg le for life,* que llamamos) y Broncápolis vivirá de su propio esplendor, aguardando á que los japoneses *nos tomen* las Filipinas, como dice un diplomático amigo mío, y á que en San Sebastián canten el Guernicaco con un estrambote nuevo de Sañudo Antrán.

Brame el infierno,
ruja Satán,

y vamos á ver quién polemiza mañana y con quién hay que entendérselas en la tribuna y en la prensa.

¡Bueno anda todo! Hasta en cierta casa tiemblan cuando traen por la mañana la leche de asna, y oyen los siete golpes de aldabón, ¡pum, pum, pum, pum, pum!

—¿Quién es?—¡El Burreroo!

1895.

CONVERSACIÓN

Siempre que alguien viene á contarme sus desdichas, como primer consuelo le aconsejo que se suicide.

Desde que he adoptado este procedimiento piadoso, observo que el número de los aburridos, que solían venir á quitarme horas de trabajo, ha disminuído considerablemente.

Y es que todo el que cuenta desdichas, no lo hace por el desahogo que produce contarlas, sino porque se las remediemos en lo posible.

Y como yo me tengo hace veinticinco años por uno de los hombres más desgraciados del universo mundo, diferente de los demás en que soporto la desgracia sonriendo, hay en mi aparente crueldad un fondo de vanidad especialísima, porque no admito, no consiento que nadie se dé tono de más infeliz que mi humilde persona.

Así es que procuro ir destruyendo aquella reputación de bondadoso que tenía años há, y que venía á costarme mil quinientas ó dos mil pesetas anuales, facilitadas en cantidades de *tristes* duros.

Viene un compatriota y me dice:

—Yo no puedo sufrir más, amigo mío.

—Ni yo tampoco.

—Tengo que pagar al casero mañana.

—Yo tengo que pagarle hoy.

—Tengo dos hijos.

—Yo tengo seis.

—No tengo qué comer.

—Yo no tengo apetito, que es peor.

—Ya ve usted; en país extranjero, emigrado...

—Pero es usted emigrado forzoso, mientras que yo lo soy voluntario; de modo, que aún tiene usted el consuelo de sufrir por haber defendido á D. Carlos ó á D. Manuel, pero yo tengo que sufrir *por curioso*. Porque á mí, ¿qué me importa nada de lo que sucede en París? Ya ve usted, pues, que aún soy más desgraciado que usted.

—Yo he buscado trabajo y no lo he encontrado.

—Yo lo he encontrado y me hace daño trabajar; ¡ya ve usted si es martirio!

—Mi mujer tiene un pecho...

—La mía tiene dos.

—Un pecho enfermo y no podemos tomar ama.

—Se ahorra usted tratar con una fiera tetuda, y de pagar ocho duros mensuales.

—En una palabra; mis hijos no pueden comer mañana.

—Los míos devoran; ¡no he visto apetito igual! mi desgracia es más cara.

—No vengo á pedirle á usted dinero, sino consejo. ¡Qué cree usted que debo hacer?

—Creo que en la situación de usted, lo mejor es arrojarse al río, porque usted, como yo, miente, porque usted y yo dormimos á cubierto, comemos tres veces por día, podemos ir al café y al teatro, ¡mientras millares de prójimos nuestros se mueren de hambre!

Mi hombre se ofende y se va, porque la humanidad es hipócrita hasta en la desesperación. Un año há que se me presentó un individuo y me dijo:

—Vengo á despedirme de tí. A nadie pienso revelar mi resolución, pero quiero que tú la sepas. Mi mujer me engaña; ayer me han echado de la casa; tenía en depósito una cantidad, y me la he jugado. No tengo más remedio que pegarme un tiro.

Mira—le dije—un tiro es cosa violentísima. Yo tengo ahí un frasquito de láudano, resto del que tomo algunas veces para la jaqueca. Yo me curo con dos gotas; con que si tú tomas diez ó doce, tu muerte es segura. Dejas una carta escrita al comisario, te vas lejos de tu barrio, y en

donde te encuentres solo, te bebes todo lo que hay ahí. Adiós, amigo mío, tienes razón; en la situación tuya no hay otra salida.

Mi amigo lloró. Lo ví, lloró.

A los dos días le ví sentado en el Boulevard tomando un bok. No quise acercarme por no picarle el amor propio. Los españoles somos así. Acaso se hubiera matado por probarme que era capaz de ello. Me alejé riendo y cantando.

¡Crueldad! se me dirá; ¡mál corazón!

No; experiencia tristísima. Nadie que se suicida lo anuncia, como nadie que ama á sus hijos los arroja á cada momento á la conversación para pedir favores; como nadie que ama á su mujer está constantemente diciéndoselo al público; como ningún valiente amenaza; como ningún creyente sincero va á misa de dos á darse golpes de pecho, rodeado de conocidos...

Y aun éstos de que voy hablando, son desgraciados absolutos. ¿Pero qué diremos de los desgraciados *hipócritas*?

El banquero que se cree desgraciadísimo porque ha perdido un millón en Bolsa, cuando le quedan tres; el dramaturgo que reniega de su suerte porque los periodistas lo tratan mal, cuando el público le aplaude y el despacho de billetes se cierra; el celoso que quisiera morirse cuando su querida mira á otro, sin embargo de bue ha de oir las doce de la noche á su lado; el candidato derrotado que se olvida de su renta,

de su familia, de su talento, y se considera infeliz porque le ha vencido otro más tonto que él... no solamente es hipócrita el hombre, es mezquino, no sabe conocerse, no ve si no lo que le perjudica en detalle. Todos apreciamos el dinero, nadie sabe apreciar la salud, y cuando un pensador profundísimo aseguró

...que tanto gusto había
en quejarse, un filósofo decía
que á trueque de quejarse
habrían las desdichas de buscarse.

Tenía razón de sobra.

¡Oh, sí! Parece que hacen las gentes punto de vanidad el quejarse de su condición y de sus desventuras. Ni siquiera saben ser orgullosos. Más lógico era aquel archimillonario que me decía una noche en el hueco de una ventana, mientras sus invitados bailaban al son de un vals:

—Creera usted que todo esto me satisface. ¡No! Diez mil francos me cuesta el cocinero, que se vuelve loco pensando en lo que ha de presentar á mi mesa. ¡Yo no tengo apetito!

Todas las mujeres bonitas de París me escriben cartas y me piden citas. ¡El médico me prohibe tales cosas, pena de la vida!

Mi mujer es estéril.

Carezco de oído; la música no me suena. ¡Y

mi palco de la Ópera me cuesta quince mil francos.

No puedo ambicionar, por que lo tengo todo. Dinero, honores, consideración social, rentas, coches, caballos... ¡Y no puedo dormir sino á fuerza de opio!

Abrí la ventana y le enseñé al obrero cogido del brazo de la fresca muchacha. Iban comiendo un pedazo de pan y unas rodajas de embutido, y entre bocado y beso se decían en alta voz despreciando al público:

¿Me quieres?

¡Más que á mi vida!

....

¡Qué ejemplo tan grande!

1886.

El Dios grande

Y LAS ALELUYAS VOLANTES

GRAN día el de ayer!

Sol espléndido, (no de *justicia* como suelen decir los que ignoran el origen de la frase) tarde de toros, jugueteos electorales, y por la noche, reunión de carlistas en el Círculo de los mismos, para aprender á votar contra Cánovas. Y todo esto, bajo la protección del *Dios grande* que salió por la mañana, á las diez, de varias parroquias.

¡Alegra las calles esta procesión que va dando el Viático, como el duque de Tetuán! En esta semana les dará *viáticos* á los diplomáticos nuevos como ayer se lo dieron los curas á los enfermos. Solamente que á los diplomáticos se lo dan en pasta, en trigo; en lo que llaman los inteligentes *guita. Gluk auf der reisen!*

Mas dichosos los enfermos, reciben al Señor en sus respectivos domicilios al son de las charangas, bandas y *fanfares*, como dicen los franceses, y adornan las familias las casas con flores, tapices, colchas recién lavadas y cirios de colores. Conmovedora ceremonia que no comprenderán, tal vez, las naciones que *las dan* de civilizadas, pero que entre nosotros tiene la importancia de todo lo que representa tradiciones y creencias arraigadas.

Y mientras los enfermos comulgan, caen de los balcones á la calle esos millares de aleluyas que esperan con avidez los chiquillos y que tienen que ver con el acto de la comunión lo mismo que la posteridad con las témporas.

¡*Oh témpora, oh Bores!*—decía ayer uno que se ha quedado sin ínsula en las Filipinas, rabiando de celos de nuestro simpático colega; otro de ellos, de los desatendidos, añadía: *Si Boch non vobis...*

El latín corría ayer por las calles á ríos, lo mismo que si las hubieran regado los sabios y *citadores* con el sudor de sus frentes. *Arma Virumque Peña Ramiro,* decía un clásico belicoso, aconsejando energía á los lectores del distrito del Centro, y el Presidente, para no olvidar sus clásicos, le decía al ministro de la Guerra: *Tu Marcelus eris...*

Y caían las aleluyas, y parecían mariposas desplegando sus alas á los rayos del sol ¡ah! del

sol de nuestros padres, de aquél que á la continua y en deslumbrantes luminarias penetró en las patrióticas seseras de los que en ¡ay! infaustos y gloriosos días de larvas gloriosas fueron como el ignoto resorte que sacudiendo la nacional ignavia produjeron aquellas elevadas ideas altas y á los cielos encaminadas como las agujas de las cristianas catedrales. (¡Anda, Emilito, vuelve por otra!)

Caían las aleluyas y las veía yo caer desde la puerta de mi casa, contemplando enfrente, en un balcón, á tres compromisarios para senadores, que por raro caso no salen á la pública luz más que cuando ocurren cosas excepcionales. Y las aleluyas me recordaban la niñez, cuando las jugábamos en las horas de asueto, levantándolas con la palma de la mano. Constituyen una literatura aparte que siempre es la misma, y que siendo una literatura para la infancia, es ende (*¡por ende*, digo) en nuestro país, tan mala como todos los libros de lectura para las escuelas que declaran de texto los gobiernos que venimos padeciendo hace cuarenta años.

Ya fuesen las *Aventuras, vida y fin del enano don Crispín*, cuya infeliz madre tuvo en la nariz un grano mayor que el que le ha salido al partido gobernante con la desidencia de este año; ya fuese la *Vida del hombre malo*, que juega y *pierde*, aquellas aleluyas eran profundas sentencias que leíamos ayer con fruición en compañía de dos

usías ilustrísimas de Valladolid, que están en celo hasta que se arregle eso de los presupuestos, y han venido á empollar un candidato.

Ahora las hay de otras cosas que en nuestros tiempos, *Aleluyas del Ferrocarril*, hechas con gran conocimiento de las clases sociales, porque dicen al describir los trenes:

La gente mediana abunda
en los trenes de segunda.

y en cuanto á los que van en tercera, me los ponen cual digan literatas.

En las de la *Vida de D. Pedro Tenazas*, que debieran leer todos los amigos de *Germánicus* (Gamazo, digo), hay unas Sociedades de crédito que vuelven loco á todo el mundo; y los suscriptores del negocio lo dan todo por llegar á una riqueza.

Hay gentes poco sensatas
que empeñan las alpargatas,

dice uno de aquellos admirables pares de versos. No digamos nada de la historia de Narváez, de la que nos cayeron en la mano ayer unas cuantas aleluyas, y entre ellas la que dice:

Sale al caer muy reacio
y llora ante el real palacio,

que es lo mismo que le pasó al ministro de Estado, demócrata hace poco, cuando le dieron el canuto allá arriba.

Simbad el Marino (será este un pseudónimo de mi amigo D. Francisco, y nótese que no digo cual, porque tengo varios), para en su aleluyezca historia terribles aventuras; pero lo peor que le sucede es que

Viene á caer en las manos
de una multitud de enanos.

¡Y así ni se pueden hacer elecciones ni nada!

La *Historia de un náufrago* parece estar hecha para mortificar al secretario de un alto personaje, que tiene más sueldos que una moneda de cinco francos.

Como todos los mamones
tiene sus indigestiones.

¡Es claro!

Pero todas estas aleluyas son conocidas, las saben de memoria los chicos de la calle. No las he citado sino por ponerme á la altura de los sabios cazados con liga que ahora corren y que necesitan empedrar sus trabajos críticos con citas de todas las casas, digo, de todos los autores que se figuran que no ha leído nadie nada más que ellos. Y en lugar de asombrar el mundo hablando de Ibsen, y de Tolstoy, y de Santa Teresa, y de Heine, y de los Goncourt, y de los Molinas de Córdoba, me contento con citar á los *númina magna* del Areópago de Marés, que es como si dijéramos el Pierre Larousse de mis

merodeos aleluyescos. Digo que las aleluyas citadas, no son las que ayer llamaron mi atención, ni la de los Atahualpas y Guatimozinez electorales que conmigo estaban, sino otras de autores desconocidos, que nos iban cayendo del cielo. ¿*Cuyo* era el autor, ó *cuyos* los autores? Clandestinas parecen por lo atrevidas y están hechas, con seguridad, para molestar á los que mandan. Como documentos extraños, ó á *titre de curiosité,* que decimos por el otro lado del río (suple Bidasoa), quiero ofrecer algunas á nuestros píos lectores.

Hay una que dice.

Las actas de concejales
valen catorce mil reales.

Y otra que asegura que

Los que visitan la Huerta
salen con la boca abierta.

¿Pues y ésta, que es de una galantería increible?

Al volver de la vendimia
mándale uvas á la Eximia.

Y la otra que..... pero más valdrá copiarlas todas seguidas, sin orden ni concierto, y reconocer que el *Dios grande (Antonius magnus, rex conservatorum),* ha tenido ayer la ventaja de producir *nuevos moldes* para la literatura infantil y callejera.

Allá van:

Los diputados cuneros
no saldrán de los pucheros.

—

Se puede en Madrid jugar
hasta el día de votar.

—

A Tomás le escribe Arsenio
que tiene para un bienio.

—

Si andas con los silvelistas
te borrarán de las listas.

—

Cuando canta Segismundo
boca abajo todo el mundo.

—

No serás persona fina
si no tratas con Joaquina.

—

Para salir diputado
hay que estar muy bien fardado.

—

Como voten los carcundas
va á haber una mar de tundas.

—

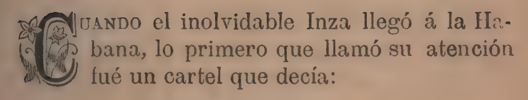
Al obispo de Sión
le está saliendo un flemón.

En una palabra; las hay para todas las clases, para todos los gustos, para todos los partidos y para todas las actualidades, y después de discutir largo tiempo sobre quién sería el autor de estos *Poemas estrechos* y de haber consultado á varias eminencias, todos los eximios presentes, y éramos treinta y seis como los académicos, tuvimos por seguro que debían ser ó del Tostado de Asturias ó de Bretón de los Errores.

¡Como si lo viera!

1895.

Las plagas.



CUANDO el inolvidable Inza llegó á la Habana, lo primero que llamó su atención fué un cartel que decía:

Tiro al blanco.

—Pero hombre,—exclamó nuestro compañero,—¿no basta con el vómito?

Pues lo mismo habría que decirle al verano si tuviera forma humana y oyera.

¿No basta el calor? ¿Sobre las molestias de la temperatura hemos de soportar esas legiones de bichos que nos devoran?

¡Chinches, pulgas y mosquitos!

Son tres géneros de *mambises* con los que hay que hacer tres guerras. En invierno nos chupa la sangre el Gobierno, y en verano el Gobierno y ellos. Esta contribución de sangre no está incluída en ninguna Constitución; es decir, que el que tenga *constitución sanguínea*, pagará doble.

La chinche es madrileña; la pulga vascongada; y el mosquito andaluz.

Madrid sin chinches, San Sebastián sin pulgas y Sevilla sin mosquitos, no, no podría ser.

En cuanto llegan las verbenas y la albahaca y las compañías de ópera, aparece la *chinchorrería* castellana, invade las casas y se apodera de Madrid. Que las hay en el resto de España, no tiene duda; pero no pueden competir con éstas, que, según expresión de una víctima estudiante de Medicina, son como pasas de Málaga.

Son insistentes, *lateras;* no hay manera de echarlas ni aun leyéndolas poesías *esculturales* de esas en versos alejandrinos con adjetivos á seis reales docena. ¿Valientes? Más que el Cid. Se mata á una y aparecen ocho; se matan las ocho, y aparecen veinte; se multiplican como los impuestos modernos, y de algún tiempo á esta parte parece ser que se defienden. Un aragonés me escribía en cierta ocasión:

«Himos llegao sin novedá, pero nos han zampao en una casa de huéspedes ande hay *unos* chinches que plantan cara.»

¡Ya lo creo que plantarán cara! Esos animalitos, que en Zaragoza son masculinos y en Madrid femeninos, son tan terribles, que han dado nombre á los toros. A los toros les llaman los toreros *bichos*, recordando estos bichitos que les dan cornadas en la cama cuando van por ahí de veraneo.

Chinche llamamos al hombre pesado, fastidioso, pelma, inaguantable Este verano ha descubierto un sabio que vive en una posada de la calle de Toledo, que las chinches primeras las trajo de América uno de los que volvieron con Colón, y el inquisidor general de entonces estableció criaderos para soltarlas después en masas en los calabozos de la Santa Inquisición. Desde aquella época vivimos bajo ese martirio veraniego.

Las pulgas son todavía peores, porque se las padece á todas horas, en todas partes. La chinche es nocturna; la pulga es de todo el día, de toda la noche, de todas las fiestas, de todos los cuerpos, de todas las edades.

Para saber lo que son, hay que pasar un veranito en San Sebastián. No se libra de ellas nadie; y calculando que por aquella hermosa playa pasan en los cuatro meses de la temporada ochenta mil personas, y que á cada persona le corresponden unas doscientas pulgas, resulta (¡qué hermosa es la estadística! ¡qué ciencia tan grande!) resulta, digo, un total de

¡16.000.000

de pulgas, centenar más ó menos!

Pero su presencia en todas las casas y en todos los cuerpos da lugar á escenas muy interesantes. Las gentes hablan rascándose. Es precioso. Llega una comisión de cualquier cosa

á saludar á la Corte, y el presidente tiene que *echar* un discurso tocando la guitarra con las uñas sobre su propio pecho. Ni los bañistas se libran del *pulguismo,* porque los animalitos se quedan aguardando en la playa á que salga usted del agua, y le arrastran hasta la caseta tirando de usted como de un carro.

Pero hay que hacer justicia á este insecto: es el único *sabio.* En teatros y barracas de feria habrá visto el lector esas pulgas sabias que hacen mil monerías. Por cierto que una vez en mi pueblo llegó un francés *domador* de esos de pulgas inteligentes, y uno de los baturros presentes observó que había una á un lado que no hacía nada.

—Diga usted: y ésta tan gorda, ¿no trebaja?

—Esta,—dijo el francés,—es la mejor de la colección; pero hoy no trabaja porque está enferma.

—Pus miusté, pa que no pene. Y al decir esto, la reventó con la uña del dedo pulgar, y el francés se desmayó del disgusto.

El mosquito es odioso, insoportable, cruel, feroz... No le basta picar y levantar ampolla, sino que *se jalea.* Canta como diciendo: «Ya verás que roncha te voy á levantar»; y con esa vocecita de niño gótico le obliga á uno á darse de bofetadas ó á dormir con alambrera.

No lo querrá creer el que no haya hecho la guerra de Cuba, pero es sabido allí que las tro-

pas de uno y otro bando temen más á los mosquitos que á las balas. Ocasión hubo en la guerra anterior en que los insurrectos vinieron á nado al barco costero que mandaba el marqués de Villasegura, y prefirieron entregarse á soportar el horroroso martirio de los mosquitos del bosque.

Llegaban con el cuerpo materialmente desollado. Si el mosquito tuviese el tamaño de un gorrión, ¿qué sería de nosotros? Afortunadamente, en el mundo todo está en proporción. Si un día la fuerza suprema que lo gobierna todo decretase que en término de veinticuatro horas cuadruplicasen de volumen chinches, mosquitos y pulgas... ¡aquel verano se acababa el mundo!

Pero no, no asustarse, no se acabará. Todavía hay para un rato.

Septiembre 1897.

Crónicas mundanas.

Se anuncia el próximo matrimonio de la bellísima hija de un defraudador del Estado, que ha sido ministro tres veces en tres gobiernos distintos, con el distinguido heredero de un antiguo funcionario, encausado por timador hace treinta años, y hoy eminente hombre de Estado y marqués seis veces.»

—«Dentro de un mes se verificará el enlace del marqués viudo de la Bola con la hija de un ex-ministro de Ruiz Zorrilla, de Castelar, de Cánovas y de Sagasta, que hace poco ha sido agraciado con el título de duque del Puntillo.»

—«El jueves se expondrá al público el magnífico *trousseau* de la popular Srta. de Allavoy, que no había podido casarse hasta ahora y cuya dote se evalúa en doce millones, con el eminente vago D. Ambrosio Colilla, conocido en los cafés de Madrid con el apodo de *el Buscavidas*.

Los novios irán á vivir á la magnífica posesión de los padres de la novia en Zamora. Hay ascensor.»

—«Un distinguido novillero, que habla cinco lenguas vivas y toma lecciones de latín por las mañanas, contraerá matrimonio en la semana próxima con la viuda de un general que no se pronunció mzs que nueve veces y dejó un capital de dos millones y medio en acciones del Banco. Después de la boda habrá baile en el Vivero. Asistirá el Cuerpo diplomático.»

—«La anunciada boda de la Srta. de la Glicerina con el conocido cunero D. Blas Cuco se ha deshecho, porque al celebrarse el contrato el novio observó que en la dote de su bella prometida faltaban diez y nueve pesetas. Se ha acudido á Roma á ver qué procede.»

Vienen luego las comidas, fiestas y bailes:

—«Los martes del conde del Papa (antes Manolo Bocas), senador guitalicio y futuro académico, continúan siendo el *rendez-vous* de las *sommités* del todo Madrid que se respeta. Anoche había que entrar en los salones con calzador, y se estima en dos mil personas el número de los dichosos que habían conseguido una invitación. Los poetas de la casa dijeron odas, sonetos, baladas, orientales y villancicos. Algunas señoras se pusieron malas. El conde vestía de negro con cabos de oro.»

—«Gran baile el lunes pasado en el hotel de

los barones de la Fumarada. Este título portugués, concedido hace poco al ilustre banquero que ha tallado sin puerta durante quince años, es objeto de general elogio. La baronesa llevaba vestido *chiné*, y los convidados le preguntaron adónde iba. Muchos hombres políticos, de los que le piden dinero para las elecciones. El *clou* de esta soirée fueron las sevillanas bailadas por la señorita de la casa, jaleada por tres ministros cesantes y un yerno, que había estrenado un terno.»

—«Los salones del Casino Pesimista, en el que se han fusionado todos los partidos políticos de la nación, estaban anoche hechos un áscua de oro. La aristocracia nueva, la alta banca, el clero castrense, las letras, las sílabas, la industria, el comercio, el bebercio, la literatura, el hojalatero, el chufero, el horchatero, el obrero, el latero, todas las clases sociales acudieron allí y bailaron, y cenaron, y se codearon hasta la hora en que salen á trabajar los tontos.

Allí vimos á las duquesas de la Miel, del Apio, de la Cucaracha, de las Bocas de la Isla, del Tremedal, de Casa-Monos y Casa-Pelmas.

Marquesas del Aguaducho, Fieramosca, Fusilería, Nometoques, Andaconella, Yavamos, Espejuelos, de la Zarzaparrilla, del Abalorio y de la Trucha.

Condesas del Fuelle, del Hornillo, de Casa-Galera, del Abanico, de Amadeo, de Pionoso,

de Haiti, del Pároli, de la Traca y del Hueso Palomo.

Del sexo feo (sin ofender á nadie) recordamos á los marqueses, condes, barones, vizcondes (todos de los veinte años acá) y señores de Voivengo, de la Evolución, Puerto de Arrabán, Botones, Bombita, Sombrón, Zurupeti, Viñape, Molina, Minuto y otros diplomáticos.»

1900.

El gato del Ministerio.

Yo le llamaba *Dreyfus,* porque el pobre está como preso en aquella isla de los millones que se llama el Ministerio de Hacienda; y mientras los demás estábamos haciendo números, el gato rubio se colocaba en la silla que había junto á mi mesa, me miraba, mayaba á veces á media voz, y si no hacía caso alargaba la pata y me rascaba en la ropa.

Muy buen amigo. Ya sabe él que yo le quiero bien, y que se lo he probado; porque hasta que tuvo el honor de conocerme, nadie le acarició. Le querían, le consideraban, sí señor, pero no le acariciaban; no se les había ocurrido. Y en el mundo las caricias son hechos, pruebas del amor. No basta mirar, hay que tocar. Si no se vive con pan solo, tampoco se puede dejar al objeto querido esperando el maná; las caricias son indispensables para la fusión de las almas.

Y el alma de este gato no había encontrado alma humana que la comprendiera.

¡Pobrecillo!

Ni tenía nombre siquiera cuando yo tomé posesión. Está en la casa desde no sé cuando. No sale de la secretaría. Desprecia las direcciones, la subsecretaría, el despacho del ministro, los despachos de los escribientes. Su mundo consiste en el gran despacho del oficial mayor, y en el inmediato. Dos veces por día va á la portería mayor á que le den de comer. Cobra del presupuesto. Tiene consignada una cantidad para cordilla. Es más feliz que una cocinera de treinta reales, porque su sueldo es mayor; y así que come ó almuerza se vuelve al despacho y se pone, en invierno, frente á la chimenea ó al sol, y en verano, debajo de una mesa, á la sombra.

Como nunca ha visto mujeres, si por casualidad ve á alguna, le salta á los ojos. En esto de odiar al bello sexo es terrible; y los días de fiesta nacional y de procesión, en que se invita á las señoras al Ministerio, hay que encerrarle. Para él no hay más séres en el mundo que los oficiales de la secretaría y los ratones.

Gran madrugador y amigo de la caza, como Don Quijote, *Dreyfus* presenta casi todas las mañanas las pruebas de sus servicios en la casa, porque raro es el día en que el cadáver de un ratón, á las primeras horas del día cuando los porteros hacen la limpieza, no pruebe al Estado

que los roedores de papel oficial tienen en mi amigo un perseguidor implacable.

Pero es muy bueno; y sobre todo, muy agradecido.

En los primeros días que nos conocimos, me miraba de reojo.

—¿Quién es este sujeto, nuevo para mí? debía pensar. Se lo conocí en la cara.

—Yo soy un hombre algo más humanitario que otros muchos hombres, y casi tan fiel á la amistad como muchos animales. No me mires así, porque ya me has hecho bastantes gatadas en este mundo, y si empezamos mal nuestras relaciones te llamaré *hombre,* como Schopenhauer á su perro cuando quería insultarle.

Este primer discurso pareció tranquilizarle un poco; y á los dos días, habiendo yo sentido debilidad á eso de las cuatro de la tarde, hube de enviar á comprar una empanada de pescado á la *Mallorquina*.

Dreyfus saltó á la mesa, y merendamos juntos.

Desde entonces quedó sellada una amistad que no ha durado mucho, porque yo suelo durar poco en los ministerios.

A *Dreyfus* le respetan todos los gobiernos. ¡Es *técnico!*

Ya sabía á las horas en que yo llegaba. Me esperaba á la puerta, rozaba su lomo contra mi pantalón, abría la boca, sin duda para re-

cordarme que no había perdido el apetito, y se dormía á mi lado.

Le dije al auxiliar que llevaba el libro de señas de mis relaciones:

—Ponga usted en la letra D á mi amigo *Dreyfus*.

—¿Señas? me preguntó.

—En la calle de Alcalá, 11.

—¿Profesión?

Iba á decir «funcionario público», pero por no molestar á *Dreyfus*, dije:

—Escribano.

La víspera de mi cesantía, el buen amigo estaba triste y me acompañó hasta la puerta.

¡Ya hizo más que el ministro, que ni siquiera me avisó! Los hombres son así; ¡qué le hemos de hacer!

1898.

El arte por el arte.

¡El tiempo que hace que yo no veía osos madrileños!

Ayer ví uno. Uno que me recordó mis buenos tiempos de estudiante.

Un *oso* en toda regla; embozado en su capa, pegado á la esquina, mirando al balcón del cuarto bajo, detrás del que estaba *ella* bordando un pañuelo.

Y según me dijo un vecino, este enamorado lleva haciendo tal vida *seis* meses.

Hacer el oso á la bellísima compatriota y paisana durante medio año; esperarla cuando se sabe que ha de salir á misa; pasearse por la acera con frío y calor, mirando hacia arriba... éste, este es el amor clásico y tradicional que lleva derecho á la Vicaría después de meses y años de pasión con buen fin. Alegrémonos—me dije observando al simpático joven,—podrá España variar de Constitución, de gobiernos y de

sistemas políticos. Continuarán sus campos yermos, sus árboles por tierra, su industria agonizando, su comercio paralizado y víctima de las perturbaciones políticas, pero su sol y sus pasiones no han variado. ¡Patria, te reconozco; *oso*, te saludo!

Porque, después de todo, aquella facilidad con que el amor se ejerce en la capital de dos millones de almas, donde el ideal del amor apenas existe, no satisface á corazones españoles., Verse, hablarse y entenderse es todo uno; la mujer, menos considerada por el hombre que aquí, no es objeto de una corte asídua y platónica... ¡Platonismo! ¡Buena anda Europa para perder tiempo en amar! Ni los hombres están por eso, ni las mujeres comprenden que se pelen pavas.

—Diez años, señora; diez años están á veces en relaciones un hombre y una mujer españoles que han de casarse—le decía yo en cierta ocasión á una amiga mía parisiense.

—Pero ¿qué hacen en esos diez años?

—Se aman.

—Pero ¿qué se dicen?

—Se preguntan si se quieren y se responden que sí. Además de verse, se escriben todos los días.

—¡No puede ser!

—¡Vaya si puede ser!

—¡Enfermarán!

—No diré que no, pero entre nosotros el amor

por el amor, constituye la base de nuestra vida. Nos queremos á distancia, de balcón á esquina, de rejas adentro á rejas afuera: ¡si usted viera *pelar la pava!*

Y aquí entraban explicaciones que no entendía la pobre mujer. ¿Qué pava es esa, y como se pela?

Se pela de noche, y lo mismo en Sevilla que en Madrid, y se pela de diferentes modos, por eso dice aquel cantar nacional que:

¡Eso de pelar la pava
tiene mucho que entender,
unos la pelan sentados
y otros la pelan de pie!

De pie, sobre todo, es más sabrosa.

El oso de ayer no se contenta con ser oso de día, es pelador de pava, mientras las gentes duermen. Ya le he sorprendido dos noches siempre embozado en su capa y con el sombrero hasta los ojos, las manos en los hierros de la reja del cuarto bajo y cuchicheando con la niña bonita.

Por muy bajo que hablen, les oigo al pasar:

—¡Anda, dímelo!

—No seas pesado.

—¡Dímelo por Dios!

No es cosa de detenerse, pero yo sigo andando, convencido de que *se lo dirá.*

Y sé lo que le dirá también. Le dirá «te quie-

ro», no una, sino mil veces, y el hombre sentirá un escalofrío interior, algo que vendrá, aunque en sentido honesto á comprobar la definición que Plinio daba de la pasión alma del mundo. «El amor no es más que una débil convulsión.» Para mi oso, á quien envidio más que á los millonarios y poderosos de la tierra, porque esas impresiones ni se sienten más que una vez, ni se dan como los gobiernos de provincias ó las encomiendas de Isabel la Católica, para mi oso, repito, las horas de teléfono moral ó de pava pelada, son de felicidad impagable de placeres subjetivos, personales imprescriptibles é inalienables como los derechos de marras.

Y puede estar seguro de que del otro lado del Pirineo estas cosas apenas rigen ya, ni las comprende la humanidad material y egoísta. Hay algo de la procreación animal sin idealismo preventivo, en la manera de ser de las sociedades que pretenden de más civilizadas. El amor es una cosa práctica, como una buena comida ó un vaso de excelente vino.

En cambio entre nosotros es un expediente, y acaso el único cuya tramitación lenta resulta grata.

Solicitud del interesado. *(Miradas tiernas.)*

Informe de la sección *(Coqueterías de la niña.)*

Pase á la Junta Consultiva. *(Dificultades de la familia.)*

Nota oficial... *(¿Me quieres?)*

Aprobación de la subsecretaría. *(Más que á mi vida.)*

Firma del ministro. *(¿Quiere usted por esposa á doña Fulana de Tal?)*

Y así sucesivamente. Y en todo esto se emplean meses, años, lustros, quinquenios... y aun á veces resulta lo que á un amigo mío que después de once años de amores con su adorada X, se separó de ella por fuerza mayor á los ocho días de matrimonio.

Pero, ¿qué le importaba á él si ya en once años había derrochado todos los tesoros de amor que encierra el corazón humano?

Decididamente hay que amar porque sí, y emplear en ello el mayor tiempo posible. Lo demás no es sino un cruce de palomos. Hay que defender el arte por el arte.

1885.

¡Ande el movimiento!

¡Jerusalem, Jerusalem, que matas á los profetas y apedreas á los que á tí son enviados!..
He aquí que vuestra casa será destruída...
(San Mateo, cap. XXIII v. 37).

¡Tarde de toros!

Sol espléndido, tres mil coches, mantillas blancas, pañolones, cascabeles, fustas... ¡¡Corrida de Beneficencia!!

—Á siete duros delanteras de grada.

—¡Eh! ¡eh! ¡Á la plaza! ¡á la plaza!

—*¡Arria!*

—¡Á perra chica los claveles!

¡Y allá van todos!

Y está la plaza *colgada* de amarillo y encarnado, y hay *ocho* toros, y están los palcos, las andanadas, las delanteras, las gradas, los tendidos, llenos de mujeres con los mantones de cuatro

mil reales, y hay millares de paveros, y salchichón, y vino, y alegría, y despejo de media hora, música de Chueca, de Chapí, de Caballero... *¡Ande el movimiento!*

—¡Olé por las mujeres que dan las todas!

—¡Correrse!

—¡Eh! ¡eh! ¡Los del agua!

—¡Altramuces y torraos!

—¡Quién quiere aguaaaa!

—Allí están las de Casa Valencia, y las de Perales, y las de Tetuán, y las de Trives, y las de Silvela, y las de Barzanallana, y las de Santiago... ¡Mantillas blancas, flores en el pelo, blondas, encajes, lujo, abundancia, riqueza, dinero, oro, plata y piedras preciosas! ¿Quién dijo que sómos un pueblo pobre y aburrido y abrumado de conflictos? ¡Desdichas! ¡Desgracias! ¡Callarse, hombres, callarse, que está el primer toro en la plaza!

—¡Venga de ahí!

—¡Eso no puede fallar!

—¡Del Duque!

—¡Del propio Duque!

—¡Oh, qué alegría! ¡Qué ruido! ¡Qué hermosura!

¡Gocemos, sí; la cristalina esfera
gira bañada en luz, bella es la vida!

¿Qué viene usted á contarme de que los vinos no se venden, que la cosecha está perdida en

Aragón, que van á celebrar un *meeting* ó que nunca acabamos de regenerarnos?

—¡Así se parea!

—¡Así se parea!

—¡Agua, aguardiente, azucarillos, agua!

—¡Vea usted ese quite!

—¡Así se mata!

—¡Misté qué mujer entra!

—¡Olé los toreroooos!

Catorce mil personas..... Una entrada de XXXXXXXXXX duros, una tarde de esas que no se ven más que *aquí*, un pasacalle que quita el sentido, unos ojos que ciegan, unos pañolones que *encienden*, toros de la tierra, un banderillero cogido, un picador descostillado, un espada inútil, un mono sabio hecho pedazos. ¡Venga música! ¡Vengan caballos! ¡A ver, ese contratista! ¡Esa presidencia! ¡Caballos, caballos, caballooos!

¡Jesusalem, Jerusalem!...

¡Pero á mí no me venga usted con *Biblias!*

1897.

PATIONAJE

SPORT Á LA INVERSA

ALGUNO de ustedes conocerá tal vez el famoso *Patio de los Leones* de la Alhambra, y aun habrá hecho el viaje exprofeso para verlo.

Tomen, pues, el tren y vengan á ver el patio de mi casa, porque vale la pena, y es todavía más interesante que el otro. El otro es de leones; el mío es de todo género de fieras domésticas, desde el gato, que está ajustado por noche entera y comienza á maullar á las diez y acaba á las seis de la mañana, hasta el loro, que canta el *Tautum ergo* confiado en la tolerancia de las autoridades.

¡Oh, qué patio!

Desde mi balcón *de atrás* (porque mi casa tiene dos caras como el dios Jano, una á la calle y

otra al patio famoso), desde mi balcón, repito, el patio parece la nave de la antigua Basílica de Atocha, toda llena de banderas; ¡pero aquí hay muchas más!

Cuelgan de todos los balcones y corredores refajos, pañuelos, enaguas, delantales, *calsonsillos* (aquí lo pronunciamos así, creensia estoy), baberos, *camisas de ambos sexos*, vestidos de percal... ¡Una hermosura! Ya se les puede asegurar á los vecinos que de la ropa salen todas las emanaciones y todas las enfermedades y todas las infecciones, y que esto se sabe en toda Europa y lo han probado todos los médicos. Se echarán á reir. Y además, si no cuelgan la ropa, el patio no tendrá la vistosidad que ahora tiene.

Son banderas familiares, como hay banderas nacionales y banderas municipales y banderas marítimas. El delantal colorado es el *pabellón de honor;* los «calsonsillos» son los *gallardetes del sexo fuerte;* las camisas, las *banderas blancas* del ligitimismo conyugal, como si dejéramos, de la legitimidad del matrimonio; las enaguas son *banderines de enganche;* los pañuelos de todos colores, *banderas de semáforo* para hacer señales. Aquel gran pañuelo de hierbas que

al aire desplegado va ligero,

recuerda la victoria de la ciudad contra el ejército de *catarros*, que es gente mala y nos aco-

meten todos los inviernos. Aquella faja colorada que cuelga desde el tercer piso al primero y tapa la jaula de la codorniz sencilla del piso segundo, recuerda victorias navales, combates del marinero contra las *galernas*, que son nuestras Valkirias... ¿Pues qué diremos de aquel mantón, negro, todo lleno de agujeros gloriosos, que recuerda las batallas de *la gran poquetera* contra los terribles carabineros? No, en Atocha no había trofeos como estos que penden de todas partes y excitan terriblemente á la cotorra.

¡Oh, si! Desesperada desde el alba al crepúsculo, no hace otra cosa en todo el día que llamar á sus padres. No hay manera de trabajar oyendo á este animalito, cuya muerte sería muy sensible, pero tal vez útil á las letras... De dos en dos minutos tiene que decir: «¡mamá! ¡papá! ¡papá! ¡mamá!» ¡Oh, qué daría yo por encontrar á sus padres y enviárselos en una jaula de oro, á ver si se callaba!

Pues enfrente hay un vecino que comparte el día entre la flauta y el tarareo. No sé que es peor, si tararear ó tocar la flauta, y los críticos musicales lo dirán. Mi hombre, cuando recuerda algo con su instrumento, tiene que ensayarlo varias veces, y generalmente *no le sale;* de modo que no es una audición la que me da, sino una lección... En cambio, cuando tararea, tiene toda la melancalía del moscardón y todo el sentimiento de los palomos. Es cosa de comprar-

le la flauta y la lengua para vivir tranquilo. Prefiero al vecino de arriba, que toca la guitarra precisamente á las horas en que la humanidad descansa. Parece ser que está empleado en el tranvía, no se si adelante ó detrás, pero es lo mismo; y como estos empleados acaban su quehacer de noche muy tarde, resulta que mi vecido no puede dedicarse á la guitarra hasta la hora en que yo me meto en la cama. Bueno, no tengo nada que decir; cada uno en su casa hace lo que quiere, y la prueba es que el vecino del tercero tiene nueve niños; pero no hay idea de lo agradable que es cuando se empieza á coger el sueño oir encima de los sesos á un hombre de bien que sale por zortzicos y se los canta en voz de cochero de tranvía. ¡Oh, si, como dicen los cantantes de veras; estos conciertos verticales son muy interesantes!

El patio necesita un nombre. Si aquel de Granada se llama *el de los leones*, á éste hay que llamarle *el de las criaturas*. Ayer conté en los diferentes balcones, galerías y cierres, mas los que están sueltos abajo, *setenta y dos niños*. En Francia se quejan de que disminuye la población, y aquí vamos á tener que hacer una ley foral para que no aumente. ¡A dónde váis á parar, oh convencinos míos! La cantidad de niños que aquí se da es realmente alarmante.

¡Niños y criadas! El patio *hierve* de unos y otros. Ellos ¡angélitos! tienen que alborotar,

porque lo mismo hicimos todos; ellas, si no cantan no guisan. El bacalao, la sardina, el besugo, las legendarias alubias y las tradicionales habas no resultarían si la cocinera no las jaleara con cosas que no entiendo, pero que me tienen loco. Y á todo esto la cotorra llamando «¡papá! ¡mamá!», y el flautista luchando desesperadamente con el paso doble de Chapí, los niños cantando á coro, el hojalatero golpeando sobre una plancha, como si fuéramos á oir alguna grande ópera de esas en que hay *tantarantán;* solamente que en las óperas no dan más que un golpe ó dos para que venga el diablo ó las bailarinas, aquí en este patio mío los golpes sobre el gran címbalo, (que debe ser un baño de asiento) se repiten así como tres mil doscientas veintitantas veces por día, según mi cuenta.

Se habla y se escribe y se discute sobre el *patinaje*...; del *pationaje* no se ha escrito nada. Y este *sport* del *ruido* es un *sport* como otro cualquiera. Patines, velocípedo, natación, esgrima, gimnasia, todo eso para calmar los nervios, dar fuerza á los músculos, alargar la vida...

El *pationaje* es todo lo contrario. Cultivándolo, los nervios están siempre saltando; los dolores de cabeza vienen sin llamarlos, todos los días. El trabajo desaparece, no hace falta alcohol para llegar al *delirium tremens*... La receta de esta cura de ruido para acabar con el prójimo, es bien sencilla:

«Tómese un hombre tranquilo, pobre, necesitando vivir de su trabajo intelectual, y colóquesele en el centro de un patio compuesto de los elementos siguientes:

Una carga de niños con buenas voces.

Un flautista, un ebanista, un hojalatero y un aficionado á la guitarra, todos en ebullición constante.

Docena y media de criadas que canten.

Una cotorra que suspire por la familia.

Un gato que no cese de maullar en toda la noche.

Dejarás al sujeto instalado en tales condiciones, y no hay que tocarle. A los quince días irás á verle con un empleado de la *Funeraria*.»

Tal será mi destino, si la Virgen del Pilar no lo remedia...

Entretanto, voy á contestar á varios amigos que me felicitan porque vivo en un país tranquilo.

San Sebastián, 1897.

Usías de Casino.

Sí, señor, somos el país más democrático de la tierra, esto es indudable: pero por treinta reales al mes ó por treinta mil al año, el ciudadano pasa de simple particular á usía, en el Casino madrileño.

¡Oh, España!

¡Al que le dan una cruz sencilla de cualquier cosa, se le habla de *usted,* en cartas y comunicaciones oficiales!

Si le dan una encomienda, le llaman, *usía ilustrísima,* como á los obispos; y en llegando á la *gran cruz,* ¡EXCELENCIA!

Suele ocurrir á lo mejor, que tal *Excelencia* se come los fondos de una provincia, y después de vivir del juego y de las hermosuras numeradas, sale de noche para Madrid, sino pasa por los tribunales; pero en la *guía* sigue siempre el *Excelentísimo* señor don Fulano de Tal, y cada

vez que le invitan á cualquier parte, le ponen el *Ex.*, y el *Sr.*, ¡lo mismo que á los condes y á los duques de veras!

Pero la gran cuestión es que á fines del siglo diecinueve, en esta nuestra España, los que no tengan *Señoría* tengan *Merced*, aunque estén entre merced y señoría...

Se funda un círculo, un casino, un centro cualquiera en el que lo importante y esencial es jugarse el pelo y pelarse los socios unos á otros. Entran en él toda casta de pájaros sociables posibles, desde el grande de España hasta el jugador de oficio, y desde el magistrado hasta el señorito sin oficio ni beneficio, bala perdida de su casa; y los criados, vestidos por la sociedad al uso de las casas aristocráticas, les llaman *usía* á todos. Y no es raro oir aquello de:—¿Ha llamado *usía?* Y el *usía* rssponde:—¡Que me traigan pepitoria de la taberna de la *Concha!*

¿Qué deben pensar los criados de nuestras *Señorías*, en tal caso? Porque

ó sobra la materia, ó sobra el alma,

¡ó sobra la ración de bacalao de casa de Angel, ó sobran los calzones cortos y los zapatos de charol de los criados!

¡Esto se cae de su peso!

Pues lo mismo digo de los centros oficiales, de los que ya no me acordaba yo y á los que me volvieron mis desdichas.

Hasta el sueldo de veinticuatro mil reales, el hombre chupóptero *no tiene tratamiento.* Es un simple particular, á quien le hablan de igual á igual criados y porteros; pero en cuanto llega á los veintiséis mil, es decir, por ocho tristes duros y pico más al mes, asciende á *señoría,* así lleve las uñas de alivio de luto y se pise los pantalones.

Hasta cincuenta mil reales, *Usía;* y en llegando á subsecretario ó á ministro, *Vuecencia.* ¡Le pasa como con los azucarillos, que no se los dan en el agua hasta que llega á jefe de negociado! ¡A los auxiliares, agua pelada: y á los escribientes, agua del pozo!

En otras partes, los criados, lacayos, cocheros, porteros de gente rica ú oficial, hablan en tercera persona. Dicen:

—¿El señor ha llamado?—¿Qué desea? ¿Quiere el señor alguna cosa? Con esto se igualan las condiciones y no tienen que pensar los que sirven cómo llamarán al jefe ó al amo.

Aquí, donde todavía publicamos la bula por las calles con unos timbaleros que recuerdan el reinado de Carlos II, toda la vanidosa clase media se regodea oyéndose llamar *Usía* ó *Vuecencia.* A ningún vanidoso se le ocurre ni ve que el mendigo, el menesteroso lleno de andrajos, á quien hallara en la puerta del Club ó del ministerio, le dirá:—¡Una limosna por Dios, *hermanito!*

Hermanito. Esto es lo cristiano, lo español, lo

tradicional, lo castizo; pero eso de entrar un contribuyente á caballo en el despacho de un ministro, es sumamente incómodo. Y digo á caballo, porque á todos les mandan *apear* el tratamiento. Pues si hay que apearse, ¿para qué montar? La vanidad humana tiene manifestaciones tan sumamente pueriles, que solamente viéndolas se conciben...

Allá, á principios del siglo, un *Usía* era alguien. Significaba una gran autoridad moral, un título de rancio abolengo, una vara de Corregidor... Conforme nos hemos ido democratizando, el número de *usías* se ha multiplicado hasta lo infinito. Santo y bueno que se le dé *Usía* al coronel de un regimiento, ó ilustrísima al arzobispo, á los que son *jefes* de esas dos milicias de la religión y de la patria. ¡Pero al *zurupeto!* ¡Al que tira á cinco, ó se queda con cuatro!—¡No va más! —¡Nueve!—¡Nos ha reventado *Usía!*

Más prácticos y más serios los marinos, viven en familia en los barcos de guerra, sin que pierda en nada la disciplina. Al comandante se le llama don Manuel, ó don José, ó don Antonio, según sea su nombre de pila. La gente civil oficial lo entiende de otro modo. ¡Todos usías y vuecencias! Parecemos á los italianos, que en cuanto les envían de por acá una encomienda cualquiera, se llaman, y los llaman hasta que se mueren, *il signor comendatore*, ¡y á veces el comendador tiene una *trattoria* en las afueras de Roma!

Nada, nada, hay que arreglar esto; ó todos ó ninguno. Yo estoy siempre por los de abajo y me duele que los españoles de poco sueldo no tengan mote. Hay que llamar á los auxiliares *vuesamerced* y hablar á los escribientes de *vos*, como en las comedias.—¿Ha llamado usía?—Tráigame su merced el expediente de las peritas, digo de los peritos.—Que venga el escribiente. Me *pondréis* á la firma la Nómina, que es cosa muy urgente.—El ministro ha llamado á Usía.—¡Oh, qué gorda está *Vuecencia* y que bien *conservada!* decía un paisano mío.

Y vamos dando honores de jefe de Administración á porrillo para que los honrados se pongan un uniforme que parece un ciento de sardinas. Y allá van cruces y placas y bandas y relumbrones... ¡Y viva la democracia! En fin, á las ciudades les dan *títulos de Excelencia*, y hay vírgenes en los altares que tienen la gran cruz de Carlos III; ¡y entre tanto los maestros no cobran!

Pero los hay que tienen encomiendas, que para *encomiendo* deben ser muy buenas...

¡Oh, eterna absurda, hispánica bambolla!

1900.

¡ABONADO!

¡Desdichado del que viaje en España si no tiene *favor!*

Pero como vivimos en el país del favor, casi todos los que viajan se buscan *favores* y se ríen del *público,* de ese que paga y al que no le basta pagar. Porque, desgraciadamente, en España no puede el hombre disfrutar de comodidades por su dinero. Necesita, además, la protección oficial. En todo hay caciquismo, y en la manera de ir de Madrid á una provincia cualquiera también.

Todos los vagones de los trenes exprés tienen colgando de la portezuela un cartelito que dice: *abonado.* ¡Allí no puede entrar nadie! Y así que se colocan á su gusto los amigos del director de tal, ó del subdirector de cual, ó del jefe éste ó del subjefe aquél, se quita el cartel. Llegará, diez minutos antes de partir el tren, una honra-

da familia de gente rica ó bien acomodada, que habrá pagado billetes enteros y se encontrará el *abonado* barriéndole el paso.

¿Para quiénes se pone ese cartel?

¿Pagaron la víspera los ocho asientos del coche?

No: la mayor parte tendrán de seguro billetes á mitad de precio ó gratis. Fueron la víspera á la estación, pero no á reservar ni á pagar nada, sino á llevar la carta con membrete oficial ó administrativo, en la que se le pide al jefe de la estación que *reserve* un vagón para la generala ó para el excelentísimo señor don Fulano ó para su ilustrísima, que desea ir anchita. Llenos van los trenes de *gangueros*, que miran despreciativamente al que se queda esperando á que le coloquen donde se pueda. Pues esos que son colocados así, como de lástima, mientras los ilustres favoritos de la Compañía van tan á gusto, son los que pagan contribución, impuestos extraordinarios, impuestos de ferrocarriles, todo género de gabelas.

Los *otros* son hombres políticos, señoras de senadores, viudas de diputados, sobrinos segundos de consejeros de administración, primos de generales, gente de *guagua*.

¡Abonado!

Es decir, este vagón lo ha retenido una familia, ó acaso ocho amigos. ¿No tendría el público derecho á que se lo probaran?

¡Abonado!

Éste es el vagón del arzobispo metropolitano, que va á tomar las aguas de Cestona.

¡Abonado!

Éste está reservado para uno que ha sido ministro cinco veces y las cinco de momio.

¡Abonado!

Éste es el coche de aquella que dicen si tiene ó no tiene con el opulento banquero que fué bodeguero en el Cuzco.

¡Abonado!

Éste es para el general núm. 213 (porque ya hay tantos generales que hay que numerarlos).

¡Abonado!

Éste es para las niñas de la marquesa de la Peluca, que no pueden ir donde vayan caballeros porque se ponen malas.

Y á los *abonados* sigue un vagón de *señoras* solas; en él van dos monjas, dos francesitas muy juntitas, una barbiana que vende fresco junto á la fuentecilla y el ama de llaves de un caballero que lleva un abonado para él solo. Y todavía queda sitio para un par de señoras *aisladas* que caigan por el camino.

—¿Dónde nos metemos? ¡Falta un minuto!— Así exclama un hombre de bien, codorniz sencilla, que no se figuró lo que le iba á pasar, y que va seguido de siete personas. Su señora (88 kilos), su cuñada (91 kilos) y cinco niñas en-

cantadoras, salvo la menor que es bizca del izquierdo.—¡Dónde nos metemos!

No hay manera de añadir un tren.

En segunda no hay cartelito de abonados, pero todos los coches están llenos. La saeta va á marcar la hora. Todos los abonadistas de primera están en las ventanillas saludando á sus numerosas relaciones.—¡Adiós! ¡Que vengáis pronto á Biarritz!—¡Abraza á la duquesa!—Papá en cuanto se resuelva lo de su ascenso se irá con nosotras á Mariembad. Nosotras vamos á Spa... —Y el hombre sin abono corre sudando como un pollo y le dicen que hay que pensar esas cosas con tiempo, que el tren va lleno de personajes; y él resulta un comparsa, y él es el único que ha pagado ocho billetes en la ventanilla.—¡Espere usted al otro exprés! Hasta al maquinista le pide un sitio después de meter á las niñas en segunda y á la cuñada en tercera entre dos civiles.

Y el maquinista, orgulloso del tren que lleva, dice:

—¡Para ir en mi máquina hay que haber sido gobernador tres veces!

No somos nada.

Señorío barato.

Una casa alemana, dedicada á la fabricación de cotillones y demás accesorios de los grandes bailes, ha anunciado en los periódicos de Halle un surtido de nuevo género, ¡pero muy útil!

Con él resuelve el problema, á veces complicado para un dueño de casa, de tener siempre gente que amenice la noche.

La casa citada proporciona: convidados, bailarines elegantes y personas decorativas.

Grande invención. ¡Sobre que la mayor parte de las gentes que uno se encuentra en cualquier *soirée* dicen lo mismo, hacen lo mismo y hablan lo mismo! Como repetir treinta ó cuarenta veces que hace mucho calor, decirles á las señoras que están muy guapas y muy jóvenes, bailar dos ó tres *boston* y elegir pareja bonita para el

cotillón, ya está un hombre reconocido como persona del gran mundo.

El anuncio alemán está redactado de este modo:

«Bailarines ordinarios, con frac y corbata blanca, 250 marcos.

Bailarines ordinarios, de conversación muy graciosa, 280 marcos.

Bailarines de primera clase, sumamente elegantes, 375 marcos.

Elegantes personas con *monóculo*, 220 marcos.

Señores mayores, *condecorados*, 375 marcos.

Especialistas de *boston*, 375 marcos.

Organizadores de cotillones con abundancia de chistes en la conversación, 560 marcos.

Anecdotistas para entretener la conversación, poetas para decir hermosas *odas* después de comer, *brindistas* elocuentes, 5 marcos.»

¡Es una hermosura tener una agencia dedicada á surtir de tipos distinguidos á los salones!

Sucede á lo mejor que una duquesa ó unas señoras de Culantrillo cualesquiera convidan á sus relaciones á un baile, y á última hora les faltan los elementos principales de la *soirée*; por ejemplo, el marquesito de tal, que está *durmiéndola*; el señorito cual, que está en la prevención; el ministro R, que no puede asistir porque está arreglando el distrito de su yerno; en fin, una porción de contrariedades que constituyen un verdadero disgusto para la familia...

Pues no hay más que telefonear á la Agencia y decir:

¡Envíen en seguida tres elegantes, dos señores mayores y un poeta lírico!

¡Y no hay nada perdido!

De seguro que una casa respetable como esa de Halle, tendrá buen cuidado de ofrecer al *gran mundo* un personal escogido, y mucho más divertido que la colección de niños góticos que se pasan la noche diciendo:

—¡Qué calor!

—¿Habéis estado en la *lata* del Español?

—¿Queréis bailar, *parientas?*

—¿Quién viene á la *viña?*

Y cosas instructivas por el estilo.

De fijo que los señores mayores condecorados no dirán como los auténticos aquello de:

—«*Entiendo yo*, que las *preterlciones* que se ha-«cen de los candidatos *afectos* son *ocasionadas* á «catástrofes parciales en la administración lo-«cal. ¡Ah, señores!»

Y en cuanto á los poetas á cinco marcos, que son veinticinco reales de nuestra moneda, acaso tengan un repertorio más variado y más nuevo que el que oímos en las casas grandes los que vamos, no á comer y decir enseguida versos para divertir á los invitados, sino á oir á nuestros colegas que se prestan á poner la poesía como postre, mientras toman el café los tontos.

Habrá de seguro cantores *A la luna,* y *Al sol*

y *A un rizo*, y así (como dicen los vascongados) ¡y qué demonio! variaremos de impresiones y de voces.

Hay, por consiguiente, una nueva industria que establecer en Madrid, y se la recomiendo á los hombres emprendedores.

Y como cada país necesita sus hombres y sus cosas, el proyecto español podría ser aún más variado, porque aquí somos de otra manera.

Se podría ofrecer, por ejemplo, lo siguiente:

Invitados con buena conversación, que no hablan de política ni de Zola, 550 pesetas. Señoritos que no hablan en flamenco ni con las manos en los bolsillos, 3. Poetas de provincias con poesías de un máximum de diez minutos de duración, 4. Jamonas del año 85 (triple anis), 5. Caballeros sin oficio ni beneficio, pero muy conocidos y con gracia natural, 350. Empleados de poco sueldo, con buena ropa y sabiendo hacer muy bien comedias de costumbres, 5. Novios de veinticinco años para señoritas con dote, 10. *Lateros*, para hablar con las mamás mientras bailan las niñas, 5.

Y así, por el estilo, se hallaría ocupación para muchos madrileños vacantes, y los salones recobrarían la animación que han perdido con esto del cambio á treinta y cuatro pesetas!

1901.

NUEVO ARTE DE COCINA

PARA USO DE ELECTORES, CONTRIBUYENTES, CANDIDATOS Á PUESTOS, DIPUTADOS, SENADORES, LITERATOS, ORADORES, EGREGIOS, DISTINGUIDOS, EMINENTES Y GENTE ORDINARIA.

Oh sombra de Montiño! !Oh manos de Brillat Savarín! ¡Oh ilustre autor del *Practicón*, mi amado colega Angel Muro! Dejadme que invada nuestros terrenos respectivos y pueda ofrecer al público hambriento y sediento las novedades, un puñado de recetas y procedimientos para hacer platos nuevos, guisos estupendos, manjares suculentos. Estos apuntes los hallé entre las *Memorias* de un maestro de escuela que se murió de hambre y que se entretenía, á las horas en que debía comer, en hacer *minutas* de cosas que el infeliz soñaba.

Es lectura sabrosa y de honesta recreación.

No publicaré sino los platos más fáciles de hacer, dejando para más despacio los muy complicados, como el de la *sopa de contribuyentes,* que se hace con huesos humanos, y el *frito de mariposas,* de las que se llaman en lenguaje científico y en el capítulo de los insectos *pestis hortorum,* es decir, *peste de las Huertas,* y se hace con caldo gordo y lateros en conserva, vulgo conservadores de lata, de los que van los lunes á la Huerta á pedir la luna, de donde vino el darles el supradicho nombre de *pestis hortorum.*

No hablaré tampoco de un plato especialísimo que el malogrado autor llama en sus Memorias *Langosta de funcionarios,* que no explicó bien si era comestible ó plaga, aunque en opinión de una Junta de literatos, todas para casa de los padres, era lo segundo y no lo primero.

Olvidaré, en la sección de pastelería y repostería, una *Leche frita* que se hace con la substancia de los discursos de Moret y va guarnecida de buñuelos de viento, cosa, según dice el autor, de gran resultado y que se sirve en todas las mesas electorales.

Iré, en fin, derecho á la exposición de aquellos platos que puede hacer cualquier familia de ocho á doce mil reales de sueldo y niñas casaderas con mangas anchas por arriba.

SOPA EXIMIA Ó GLORIOSA

Se hace con extracto de *claque*, y se le echan palmas, hojas de rosa y mucho laurel, se le puede añadir, para que sepa mejor, manos de alabardero y recortes de sueltos de cuartas planas. Muy á propósito para banquetes literarios.

SOPA BRETONA

El caldo es de *gallo*, de los que sueltan en los escenarios ó *corrales* líricos. Lleva unos embutidos de la acreditada casa de Feliú, y es tostada. Se sirve con bizcochos de Calatayud. Muy sabrosa.

SOPA DE AJOS

Esta es especial de Aragón, y en Cariñena la hacen muy bien cuando va el *diputao*, ó en las corridas de cuneros. Se hace entre muchos, y para las próximas elecciones hay ya varios encargos. Se juntan en la plaza mil ó dos mil vecinos y empiezan á echar ajos, y no paran hasta que anochece. Así que está que arde se revuelve con unos palos.

MEROS HECHOS

«En el mero hecho de haber una disidencia en cada partido, no come nadie á gusto», dicen las *Memorias*, y á fe que lo entiendo.

También dicen más abajo:

«En el mero hecho de no querer desaparecer ni Cánovas, ni Sagasta, ni la forma poética, es evidente que hay que tener tres latas.»

LAPAS

Este es un bocado muy duro de tragar y si no se guisa bien se indigesta enseguida.

Las mejores se encuentran en algunos bancos del salón de sesiones del Congreso. Allí se pegan, y hay que sacarlas con una polea. En casa de Romero Robledo también hay, y se encuentran de noche, como los caracoles. Puédense hallar algunas buenas en la calle de Sevilla, pero son de poce precio. Varían entre su buen duro y sus dos tristes reales. Se guisan á la *Marinera* (á la Moreu con galantina de Pasquín), y así que están bien regadas, se envían á Ultramar, para descansar.

ROPA VIEJA

Uniformes de gobernadores cesantes, sotanas de sacristán integrista, togas de hombres rectos, casacas cambiadas y tapetes verdes.

TRUCHAS Á LA MODERNA

Se sirven naturales, y los mejores son los que han sido diputados en diez legislaturas; no se les conocen rentas, y tallan á banca abierta. Se pescan á maza y se les da lo que piden.

VACA Á LA MODA

Tomarás una credencial de las que están vacantes mientras se votan los presupuestos; y como *vaca,* se la darás á uno de los hombres nuevos del *único* partido conservador. Se aderezará con un poco de romero y lo adornarás con *papas* de esas que les cuentan los candidatos á sus electores.

PEPITORIA DE CRIADILLAS

Pepito Armero, Pepito Elduayen, Pepito Laserna, Pepito Casares, Pepito Cánovas, Pepito Sánchez Guerra, Pepito Urueste, Pepito Cárdenas, Pepito Alcañices y Pepito Abascal.

JAMÓN CON ACEDERAS

De la parte más jugosa de la hembra de un eximio político bien cebado, cortarás por donde puedas un par de magras y las pondrás á cocer para servirlas á la *papillote,* es decir, envueltas en papel de actas municipales que sean *hacederas.* Las servirás con celo, inteligencia y lealtad y algunas patatas.

PUCHERO ELECTORAL

Una libra de garbanzos negros de los partidos, peladillas de la gorda, morcillas de Mata, chorizos y polacos, mostaza de Arimón, besugos de las heras, pimienta de los Villamejores,

contrajudías de la Peña, rábanos de la Huerta, y espárragos de Aranjuez del jardín de Silvela. Póngase todo ello á fuego graneado, sírvase con cuchara de palo y cómase con guantes de color de lila.

NATA ÚNICA

Este es un plato exquisito y lo toma todos los días el actual presidente del Gobierno, *único* del partido conservador.

De veinte litros de agua se saca la nata y se toma en ayunas. Corrobora y aprieta y ayuda á dar disgustos, y la prueba es que con este desayunito parece ser que hay D. Antonio para rato.

—

Vienen luego unos menús ó *minutas*, de los cuales, por ser muy largos, no hay que publicar más que uno, que es como sigue:

MENÚ

DE VEINTE CUBIERTOS PARA UN ALMUERZO ELECTORAL

Tortilla cubana.
Congrios á la asturiana.
Chanfaina municipal.
Conejos literarios.
Cardos picantes á la Altavilla.

—

Naranjas del Calvario.
Polvorones del *Tiempo.*

—

Vino de Cariñena.
Champagne Moret y Chambón.

—

Y con esto terminaremos por hoy, y la paz del Señor sea con todo el que leyere.

1895.

LO QUE DIRA LA «GACETA» EN DICIEMBRE DE ESTE AÑO

TODO pasa, sólo Dios es eterno, decía Santa Teresa.

Pasarán los disgustos y desazones de las municipales y las generales, se cerrarán las Cortes, se irán á los baños los poderosos de la tierra con descuento. Don Antonio reanudará las tardes de la Huerta y tomará chocolate con Morlesín y azucarillo y habrá aquello de

...las puertas del Harem se cierren
y todo vuelva á su primer estado.

Y ya en el pacífico y tranquilo ejercicio de sus funciones, tarde y noche el rey de los visigodos conservadores, entre una bofetada al ministro A y un estacazo al ministro B y una velada con Grilo y la Eximia y unos paseitos al fresco con Emilio, podrá gobernar á su placer, y el pacífi-

co contribuyente leerá por las mañanas su *Gaceta,* que será sobre poco más ó menos, del tenor siguiente:

PARTE OFICIAL

Su Enormidad Don Antonio II continúa sin novedad en el Gran sitio de la Castellana, y hay para un rato.

REALES DECRETOS

Ministerio de Estado. — Circular.

Una larga experiencia viene demostrando la necesidad de hacer propaganda en el extranjero en favor de las eminentes personalidades que vienen sucediéndose en el poder desde hace cuarenta años. *Ponderar* las cualidades personales de los ministros, subsecretarios y directores de todos los departamentos ministeriales; *excitar* á los periodistas y corresponsales para que *agiten* la opinión en beneficio de un gobierno que necesita el concurso de las potencias; *urgar* á los cónsules, vicecónsules y agentes consulares para que solivianten á los países donde tienen atribuciones latas; *jalear* á los gobiernos europeos para que reconozcan que somos gobierno de gran circulación y de muchísimas circunstancias; ESO es lo que la alta penetración y reconocida agilidad de V. E. debe poner en juego para que el mundo civilizado se *empape* del gran paso que hemos dado con aceptar la

responsabilidad de una situación decaída y desmelenada, y conviene que esos gobiernos *se penetren* de que no pertenecemos á esos partidos ó grupos de *forágidos* (con acento en la a) que han convertido á este desventurado país en un verdadero Velis Nolis, según la gráfica expresión de un académico en cartera. Dios guarde, etcétera á V. E., etcétera. — Excelentísimo señor Embajador de España en***. — *Sañudo* (1).

MINISTERIO DE FOMENTO

Concesión de una desviación del Manzanares para abrir en canal á los pueblos de la provincia.

Autorizando la adquisición de mil ejemplares de los *Sextercios* con destino á las bibliotecas populares de Asturias.

Creando una cátedra de lengua griega en el Círculo Reformista.

Declarando de interés general el Puerto de la calle de Arlabán.

Decretos sacando en arriendo:

La Biblioteca Nacional.

El Museo Arqueológico.

Las buñolerías de los barrios bajos.

Decreto sacando á oposición la cátedra de tauromaquia creada recientemente y nombran-

(1) El texto de esta circular es de Bretón de los Erro-res. Que corra.

do el tribunal de oposiciones compuesto del Duque de Veragua, D. Emilio Torres Bombita y D. Enrique Vargas Minuto, sin perjuicio de banderillear los toros que les correspondan.

Disponiendo se dé el premio de dos mil pesetas concedido por este ministerio á la mejor composición á *La Disidencia* y que ha resultado ser la que lleva por lema:

¿Dónde vas con mantón de Manila?
¿Dónde vas con vestido chiné?
A llevarle unos votos á Cubas
Y á votar por Santiago Liniers.

Ministerio de la Guerra

Real orden para la adquisición de mil sables de las fábricas de la calle de Sevilla.

Decreto nombrando generales á todos los españoles que no paguen contribución ó hayan servido.

Ministerio de Hacienda

Circular probando á los recaudadores que no hay dinero, ni lo ha habido nunca, ni lo habrá en adelante, y que en estas condiciones hemos hecho en España todas las grandes cosas, desde la conquista de América hasta el empréstito que viene.

Circular excitando á los delegados tardíos.

Bases para un tratado de comercio con los

países que no nos conocen con aplicación de la tarifa máxima á todos los artículos del *Tiempo*.

Ministerio de Marina

Abriendo suscripción pública para el grupo en bronce de Moreu y Pasquín.

Prohibiendo las apuestas en el apostadero de la Habana.

Disponiendo que los fogoneros de los barcos de guerra se laven con jabón de los Príncipes del Congo.

Sacando á concurso la construcción de las llaves del Estrecho.

Gracia y Justicia

Decretos nombrando:

Arzobispo de Valencia á D. Jacobo Sales.

Deán de la Colegiata de Madrid á D. Ecequiel Ordóñez.

Canónigo de la catedral de Murcia á D. Antonio Sandoval.

Auditor del Tribunal de la Rota á D. José Muro.

Patriarca de las Indias á D. Pedro Antonio Torres.

Lista de la suscripción abierta para erigir un templo á Nuestra Señora de la Ruleta en la capital de Guipúzcoa.

Ministerio de Ultramar

Decretos dejando cesante al gobernador de la Mandanga; dejando sin efecto el de gobernador de los Palitos y confirmando en sus empleos á los gobernadores de las Carolinas, Pacas y Manuelas, y trasladando á Ilocos la casa de Salud del doctor Esquerdo.

Circular preguntando á los gobernadores de las Antillas y Filipinas, si tienen bastantes facultades.

Concediendo uso de zapatos de verano á los carmelitas descalzos.

Concediendo á los estudiantes menores de edad permiso para que se vayan á Manila.

Estableciendo el teléfono entre la Guindalera y Pangasinan.

—

Las demás publicaciones de este número y de otros no tendrán nada de particular. Acaso habrá algunas providencias judiciales llamando y emplazando á los jefes de los partidos que se suceden en el poder, por *vejación,* porque como dice mi sereno al hablar de ellos:—Desengáñese usted; esos hombres se debían retirar ya, porque son dos *vejámenes!*

1895.

FISONOMÍA

USTEDES habrán oído hablar de Gall, de Lavater, de Cubí y de otras notabilidades, cuyo mérito principal consiste en conocer al primer golpe de vista, ó de mano, las cualidades de una persona determinada.

Dichos señores son los *maestros* de la ciencia frenológica. Son los que han descubierto que el hombre tiene un sin fin de órganos, cuyo mayor ó menor desarrollo es el indicio de lo que el hombre puede hacer, ó deshacer, en su vida.

Por ejemplo: tal hombre que tiene muy desarrollado el órgano de la *amatividad*, será capaz, en un día determinado, de salir á la Puerta del Sol y emprender á besos con los transeuntes, sin distinción de sexos ni edades.

Tal hombre, que tiene pronunciado el órgano de la *acometividad*, puede muy bien, en un acce-

so de ira, dar una embestida al primo de su mujer. *Et sic de cœteris.*

Siguiendo paso á paso las reglas, los axiomas de esta ciencia, se llega á adivinar, con solo mirar á un hombre á la cara, qué especie de sujeto es el que nos ocupa.

Pero la ciencia de Gall no es muy explícita; y los modernos hemos progresado bastante.

He aquí media docena de reglas fijas é invariables, que pueden componer un tratado.

—

Cuando un individuo tiene narices anchas, es señal de que debe oler muy bien, ó de que cuando era niño se metía el dedo en ellas. Desconfíese de estos caracteres, porque son capaces de todo.

Una frente ancha, indica buena fe y predisposición al matrimonio.

Las frentes que tienen bultos y prominencias son peculiares de los hombres que han andado á cachetes recientemente.

Según un sabio frenólogo ruso, llamado Murs-schakoff, los ojos negros indican generalmente un semblante moreno, y son la revelación de un carácter apasionado unas veces, y no apasionado otras.

Regla general. Siendo los ojos el espejo del alma, todos los bizcos tienen el alma torcida.

Los ojos de gallo indican temperamento irascible, en los países mal empedrados.

Siempre que os encontréis á un hombre de boca rasgada y dientes blancos y salientes, huid de él, porque nada tendría de extraño que os pegase un bocado ó dos. Los labios gruesos y brillantes revelan gran afición al *cold cream* y á los cigarros de tres cuartos.

Hay caracteres para cuyo conocimiento no hay regla fija: por ejemplo, el carácter de letra.

Para conocer en un instante si una persona está dotada de exquisita sensibilidad, no hay más que acercarse á ella por detrás y pegarle un tiro. Si cae, no hay que dudar del experimento.

Los caracteres dulces se conocen por el sabor, lo mismo que los ágrios.

Un temperamento sanguíneo está siempre indicado en el color de la punta de la nariz, sobre todo en los días de invierno.

Cuando vean ustedes un hombre con la boca regular, la nariz aguileña, las facciones muy pronunciadas, el color cetrino, y un ojo cerrado constantemente, digan ustedes en seguida:—Ese es un tuerto.

Un temperamento de casero se conoce inmediatamente con sólo oir sonar la campanilla el día primero del mes.

Por último, las rayas de la mano no mienten

nunca. Toda persona que lleva guantes, tiene propensión á gastar quince reales.

Hay una mano cuyos efectos son terribles: la del almirez.

Y una raya que siempre descubre algo: la raya del pelo.

1867.

Parientes políticos.

Una de las cosas que no podía comprender un amigo que yo tenía en París, era que la suegra se llamara en España madre *política*.

—¿Por qué?—me preguntaba asombrado.—¿Qué tiene que ver la política con la familia? En Madrid he oído decir: «Mi mamá *política*» «Mi hermano *político*» ¡Cada familia parece un Congreso de diputados.

—Pues no lo sé,—le respondía yo.

Lo que si sé es que para mí el verdadero padre político es mi antiguo amigo D. Práxedes, y mi madre política la Secretaría de Hacienda... Pero pensar que el día en que se me casen mis hijos seré padre *político* yo, me desespera.

Y tendré que aceptar el cargo, porque eso de llamarme suegro no me acomoda.

«Don Fulano de tal ha fallecido», dice la esquela de muerto.

Y añade:

«Su viuda, madre *política*, hermanos *políticos*, hijos *políticos*, etc., etc., ruegan á usted...»

Eso que se ruega siempre y no se hace nunca.

De modo que la esquela parece un programa electoral de aquellos en que se habla de principios políticos, compromisos políticos, y así por el estilo.

Yo he consultado á un sabio cazado con liga, de esos que saben la etimología de todas las palabras de la Lengua. A él le debo el saber que Demetrio viene de dimitir, y el verbo disentir, de disentería.

—Dígame usted, señor de Ciruelo (mi amigo se llama Abundio Arana, y Arana en vascongado quiere decir Ciruelo); dígame usted: ¿de dónde viene eso de llamar mamás políticas á las suegras?

Don Abundio estuvo pensando largo rato si era costumbre entre los Partos ó entre los Abortos, ó si vendrá la costumbre de los Celtas ó de los Albigenses, pero *tiene para él* que eso tiene origen más moderno.

—Como la política lo ha invadido todo en nuestro país—me dijo—parece como que tenga más respetabilidad el parentesco dándole cierto carácter político; no se puede negar que un cualquiera, un zoquete, como decimos los aca-

démicos, en cuanto se echa á político ya tiene otro ver y otra consideración. Pues sin duda que á la palabra suegra, que siempre ha sido odiosa, se le quiso dar cierta importancia y respetabilidad. Entiendo yo...

—Mire usted, respetable amigo, no estamos conformes. Paso porque usted haya descubierto los planos y disposición interior del cuarto del cartero, y porque nos haya probado que Cervantes se llamó así porque su padre se llamaba Cierva y por no sé qué lío tuvo que cambiar de apellidos y se puso Cierva-antes, que por corrupción vino á ser Cervantes; y por eso le han hecho á usted académico correspondiente de la Lengua en Tabernes Blanques, provincia de Valencia; pero no es eso.

Verá usted como yo voy á dar en el clavo.

Político, en español, equivale á *cortés cumplido* ceremonioso. Un hombre es muy político cuando observa las reglas de buena educación á todo rigor y no olvida ningún detalle; de manera que para dar á suegras, cuñados y yernos un calificativo gracioso, les llamaron hijos políticos, mamás políticas, como quien dice mamás amables, yernos muy bien educados.

De este modo la palabra *política* entró en las familias y se quedó en ellas.

Natural es que los extranjeros no comprendan á qué viene dar títulos de hombres de Esta-

do á los papás que pescan yernos ó á las mamás que colocan niñas.

Pero como todo el mundo hace política en España, no será extraño que leamos un día.

«La duquesa de tal, madre progresista del conde de cual, ha salido para el Norte con sus hijos moderados y sus hermanos integristas.»

Porque ya, de ser políticos los parientes, hay que darle á cada uno su filiación.

La Academia dice que político equivale á cortés, *urbano.*

Tampoco esto de urbano me parecería mal aplicado á las suegras.

«Mañana comemos en casa de mi madre urbana», podría decir un yerno.

Y eso que todos los yernos tienen hoy padres políticos de veras; que los llevan al Congreso y á las Direcciones generales.

Mamás urbanas son las que hacen falta. ¡Y en la Compañía general de Urbanización debían ingresar todas como fincas rústicas!...

1898.

Partida de tresillo.

D. Antonio . *Silvela.*
El General Barrero. *Bosch.*

D. Antonio.—¡Juego!

Bosch.—¡Más!

D. Antonio.—Vuelta.

Bosch.—¡Solo!

D. Antonio.—¿Solo? Mucho me choca, porque tengo todo el juego. En fin, bueno, lo permito.

Silvela.—Cada uno á su mano.

El General.—Ustedes se divierten.

D. Antonio.—El as de oros.

Bosch.—¡Fallo!

Silvela.—Me voy del rey.

Borrero.—¡Bien hecho!

D. Antonio.—Pues... arrastro.

Bosch.—Vaya, no se cansen ustedes. Cinco de espada, mala, punto y seis triunfos. A quince.

D. Antonio. — Me está usted costando muy caro. *(Barajan).*

Silvela.—Juego.

Bosch.—¡Más!

Silvela.—Bien.

Borrero.—Van y vienen.

Silvela.—Voy.

D. Antonio.—Arrastro.

Silvela.—¡Pero usted no hace más que arrastrar!

Bosch.—Tengo copas.

D. Antonio.—¡Podía usted guardárselas para las elecciones!

Silvela.—¡Más copas!

Bosch.—Ea, tres de mala basto Rey.

Silvela.— *(A Borrero)* Pero, ¿y usted que hace con la espada?

Borrero.—¡Es reservada!

Silvela. — No sabe usted una palabra de esto.

Bosch.—¡A diez!

D. Antonio.—¡Que nerviosito me está usted poniendo! *(Barajan).*

Silvela.—Paso.

D. Antonio.—Observo que pasa usted muy á menudo.

Silvela.—Espero la mía.

Bosch.—¡Juego!

Borrero.—¿Otra vez?

Bosch.—Otra. Roben ustedes.

Borrero.—Roben ustedes, roben ustedes... ¿Y la selección?

Bosch.—Roben ustedes... ¡Bastos!

D. Antonio.—¡A mí no me llame usted basto! Va usted tomando demasiadas alas.

Bosch.—Roben y Callen. Copas.

D. Antonio.—¡Fallo!

Bosch.—Espadas.

D. Antonio.—¡Fallo!

Bosch.—Espadas.

D. Antonio.—¡Fallo!

Silvela.—*(A Bosch)* ¿Qué creía usted, que en esta casa se puede uno andar con alegrías? Ya tiene dos bazas, y yo otras dos.

D. Antonio.—Y no hará usted más. *(A Silvela)*

Silvela.—Eso ya se verá.

Bosch.—La mala.

D. Antonio.—¡Fallo!

Bosch.—Malo anda esto...

D. Antonio.—¡Codillo! *(Muy contento.)*

Bosch.—*(Aparte á Silvela.)* Hay que dejarse ganar de cuando en cuando, si no, se enfada.

Silvela.—¡A quien se lo dice usted!

Borrero.—¡Yo no hago aquí nada!

(Barajan.)

Silvela.—¡Juego!

D. Antonio.—(¡Lo que tendrá!)

Silvela.—Y voy á bola.

D. Antonio.—Morlesín, vaya usted á buscar á Romero.

Bosch.—Se la corto á usted.

D. Antonio.—¡Se la cortamos!

Silvela.—La espada.

Bochs.—Bueno.

Silvela.—La mala.

Borrero.—¡Atiza manco!

Silvela.—El basto.

D. Antonio.—¿No le dije á usted que tenía más cartas que el correo?

Silvela.—¡El punto!

D. Antonio.—*(A Bosch)*. ¿En qué está usted pensando, tío soso.

Silvela.—¡Vaya, tenderse, que la tengo sacada.

D. Antonio.—¿Y usted habla de moralidad? ¡Salga usted de mi casa!!

1895.

Teatro Real.

En el foyer.—*(Hombres que fuman, vestidos de frac.—Agentes de Orden público que esperan la salida de la corte.—Periodistas de smoking.—Oficiales de uniforme.—Humo.)*

—¿En qué están?

—En el primer acto.

—¿Qué hacen?

—*Lohengrin.*

—¡Ya es lata, ya! La Darclée es muy guapa.

—¿Ha venido tu novia?

—La espero.

—¿Te casas?

—Así dicen; no hay prisa.

....

—Este es un Gobierno muerto.

—¡Ya hace tiempo!

—Desde que nació.

—*Nosotros* no hubiéramos hecho eso.

—¡A mí me han quitado trece Ayuntamientos?

—Eso no es gobernar.

—¿Se presenta usted?

—Como independiente.

....

—Hombre, ¡envíeme usted la credencial de mi cuñado!

—Está á la firma.

—¡Pues que firmen, hombre, que firmen! Mire usted que está muerto de hambre.

—¡Pero si lo he visto hoy en un coche del *Veloz!*

—Bueno; ¿pero está muerto de hambre en coche?

....

—Mira las de Renquea, ¡qué majas vienen!

—La madre se parece á la reina de los aschantis.

—Y la niña es un tipo.

—¡Parece un alfiler de corbata!

....

En la sala.—*(Palcos llenos de jamón humano. Descotes, glándulas ostentosas, magistrados dormidos, piltrafas de solteronas, calvas en las butacas, conversación en todas partes.—Mancinelli.)*

—Déjame oir el dúo.

—¡Estoy yo para dúos! Nueve mil reales me han ganado.

—Que te está mirando la generala.

—Con eso no pagaré yo mañana.

—Anda, hombre, que se está durmiendo en la suerte.

—¡Trae los gemelos! ¡Nueve mil reales!

....

—¿Cómo va, cómo va?

—¡Hola! ¡Pase usted adelante!

—¡No se muevan ustedes!

—¡Pase usted!

—Y estas niñas, ¡cada día más guapas!

—Muchas gracias.

—¡Pero como la mamá ninguna!

—¡Ay, Pepito! ¡No me lo hará usted bueno!

—¿Con que se casa la de Carabaña?

—¿Con quién?

—Con Seragrande.

—¡Pero no tienen nada!

—A él le dan una credencial de *vista* y unos anteojos ahumados...

....

—¿Qué butaca tiene usted, señorito?

—¡Todas!

....

EN EL ESCENARIO. — *(Antes del baile del tercer acto.—Bailarinas flacas, coristas viejas, abonados* «ardientes», *maquinistas y carpinteros.—Riego.)*

—¿Cómo estás?

—Con tus visitas, loca de contenta.

—Que bailes para mí.

—Te lo bailo el paso, ya lo verás.

—Y de nuestra cena ¿qué?

—Pues de nuestra cena, *¡tóo!*

—¡A escena, señoras!

—¡Hasta luego! Y á ver si arreglamos eso.

—¡En cenando!

....

EN EL PARAÍSO.—*(Gente alegre, tertulias escalonadas, estudiantes, señoritas de buena familia, alabarderos.—Calor.)*

—¡Ay! Haga usted el favor de retirar el pie, caballero.

—Perdone usted.

—Mamá, póngase usted en mi sitio, porque este señor me tiene sofocada.

—¡Qué rebonita es usted!

—¡Y usted qué latero!

—¿Cómo se llama usted?

—A mí me llaman, yo no me llamo nunca.

—Bendita sea la...

—¡Que se esté usted quieto!

....

A LA SALIDA.—*(Coches, cocheros, caballos.—Frío.)*

—¡Arrima!

Un cochero á otro:

—¡A ver tú, Midinaceli, que te llaman!

—¡Adiós, Alba!

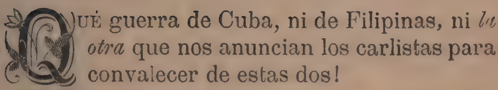
—¡Señoritas! Una limosnita por el amor de Dios; la Vírgen Santísima se lo pagará...

—¡El coche del señor ministro de Marina!

—¡Churros! ¡La churrera!

1898.

El premio gordo.



QUÉ guerra de Cuba, ni de Filipinas, ni *la otra* que nos anuncian los carlistas para convalecer de estas dos!

Todo eso no vale nada ante el acontecimiento del 23 de Diciembre.

El premio gordo es la obsesión durante un mes. El premio gordo es el Mesías.

¡*Agnus Dei quitallis* apuros *mundi!*

¡Y dicen que no hay dinero!

«*Ocho millones* lleva recaudados el Gobierno para la lotería de Navidad», decían los periódicos hace un mes. Y esto no era más que el principio de la *juelga* patria.

Millones y millones... para coger tres millones. Y después de haber dado todo lo que se le ha podido para las guerras y de haber suscrito á todos los empréstitos, el país oye que se venden billetes para la gran lotería del año, ¡y allá van millonadas todavía.

¿Pues dónde está la pretendida pobreza nuestra?

Llegará un momento (se dice) en que se habrán agotado todos los recursos en hombres y dinero. ¿Y qué haremos entonces?

¿Qué haremos?

Parece mentira que no se le haya ocurrido á ningún ministro de Hacienda. Ahí le regalo la idea á D. Joaquín López Puigcerver. No hay más que anunciar *otra* lotería como la de Navidad, aunque sea mensual. Dinero saldrá del fondo de todos los baules, del más rico al más pobre. Háganse al mismo tiempo corridas de toros á diario á partir entre el empresario y el Estado, y ábranse cuatro mil tabernas más y dos ó tres mil garitos, ¡y verán ustedes si hay dinero! El de los vicios no se acaba nunca en España.

Llora el pueblo miserias, y empeña el colchón para ver al Guerra; llora la clase media pobrezas, pero va al teatro Real y juega á la lotería; llora impuestos y pérdidas y quebrantos la aristocracia, pero juega al *baccarat* millones al cabo del año. Es la eterna España, *pobre, pero fantástica,* siempre llorando y siempre pagando, siempre apurada y siempre rica.

¡El premio gordo!

Todos lo esperan, y lo esperan de diferentes modos.

Unos sueñan el número que ha de salir, y

como Fulano de Tal soñó con el 14.454, se lo cuenta á todo el mundo; y esto de los sueños es muy delicado; y no pone él solo, sino que ponen sus amigos, por lo que pudiera ser. Otros buscan el número muy *alto*, porque los números altos salen siempre, según él cree. Otros un número chiquito, porque al peluquero Prast le tocó el gordo en el número 23 y á una criada de la casa de D. Fulano en el número 7. Para combinar la suerte de muchos con la cantidad de cien duros, se forman *sociedades* y se toma un billete entre cien personas, y entran á la parte desde la duquesa hasta el barrendero, desde el que pone diez duros hasta el que pone dos *tristes reales*; y hay el billete del café Tal, y el del teatro Cual, y el de las monjitas, y el de los telegrafistas, y el de los dependientes de la Funeraria, y el de los empleados del Ministerio...

La *ilusión* de ganar tres millones con cien duros es universal, y piden décimos de la lotería española desde París, desde Londres, desde Viena, desde San Pet rsburgo. Los españoles tenemos el arte de contagiar á toda Europa de nuestro vicios. Ya hemos metido á los franceses en eso de los toros; ya van pidiendo todos los años billetes de la lotería; acabarán por pedirnos ¡brigadas de golfos y piezas por horas!

¿A quien le toca el premio gordo? La suerte es loca. Tan pronto es á un extranjero que al pasar por Burgos se lleva un puñado de billetes,

como sucedió hace tres años, tan pronto es á una sociedad de criadas y ayudas de cámara; un año le tocó al general Cassola y otro al salchichero de mi tierra. Rara vez cae bien, es decir, de una manera providencial... Pero miento, porque recuerdo ahora el caso ocurrido en mi tierra hace muchos años, y no se me ha olvidado todavía.

Eran dos hermanos. Tomó el mayor un billete en Vitoria (porque era vitoriano), y vino á Zaragoza y le dijo á su hermano pequeño: «Este billete es para los dos.»

Cayó en aquel billete el premio gordo, y el hermano pequeño, tan contento, fué á ver al mayor y á reclamar su parte.

¡Miserable humanidad! El hermano mayor se negó á darle nada.

Llorando, no por el dinero, sino por ver en su hermano acción tan negra, se fué á su casa el engañado y volvió á su trabajo de zapatero, pidiendo á Dios que perdonase al que así le trataba.

Y puso sus ahorros de la semana en otro billete... ¡y á la extracción siguiente le tocó el premio á él!

Y de esto se habló mucho, y se hicieron novenas á la Virgen, y los dos hermanos fueron ricos y se casaron y tuvieron muchos hijos...

1897.

LA INCOGNITA DESPEJADISIMA

I

Un día, paseando por la calle de Barcelona, ví junto á un portal un papel blanco, cuadrado, con algunas palabras escritas en mala letra, pero bastante gorda para que yo pudiera verla sin anteojos.

Siempre he sido curioso: ¿Es esto un defecto ó una desgracia? Llamémoslo inconveniencia.

Aquel papel parecía una carta; me agaché, lo cogí, y en efecto, una carta era.

Decía el sobre:

Para don L. López.

Me alegré de que el nombre estuviera sustituído por la inicial y de que el apellido fuera tan

vulgarote. ¡Apenas hay López en España!—dije yo.—No peco leyendo esta carta. ¡Adelante!

Rompí el sobre y leí:

«Caballero: mi conducta le parecerá á usted extraña, pero al escribirle á usted confío en su nunca desmentida caballerosidad, y sé que sabrá guardar eternamente el secreto de esta carta. No hace muchas noches le ví á usted declamar la magnífica escena de *El zapatero y el Rey*, y .. *(Aquí había cuatro ó cinco palabras tachadas con el dedo.)* Si es usted caballero y sabe no comprometer á una señora, acuda esta noche, á las diez y media, al paseo del Botánico. Un coche parado, y un pañuelo blanco que una mano hará ondular en la ventanilla, le indicarán el sitio donde le esperan. Silencio y puntualidad.»

II

Me quedé estático, pálido, tembloroso y apabullado.

¡Ah! dije por fin.

Y me puse á pensar. De pálido que estaba, me puse lívido.

III

Pues señor, cogí ¿y qué hice? me decidí á presentarme aquella noche en el paseo del Botánico.

Lo grave consistía en que me armaran un escándalo, caso de ser descubierto.

Entrando de golpe y porrazo en el coche, y no hablando una palabra siquiera en mucho rato, podría aprovechar el tiempo... oyendo hablar á la joven apreciable que se extralimitaba á escribir cartas del tenor antecedente.

Yo tenía un dato. El López de la carta debía ser un actor.

Un actor que hacía muy bien *El zapatero y el Rey*, y especialmente una escena.

Yo me volvía loco pensando un nombre, porque como no conozco ningún actor que reuna dichas condiciones...

¡Qué demonios! dije. Iré esta noche, y así como así, ciertos actores tienen diferente metal de voz en la calle que en el teatro; por ejemplo, los que *ladran* en la escena y *hablan* en la calle.

Mi habilidad estriba en que la enamorada joven no me vea la cara.

Esto pensé y en estas y las otras, no me *sorprendió* la noche, porque estoy muy acostumbrado á verla, y á mí no me sorprende nadie, pero la noche se entró de rondón en Madrid, y mi corazón comenzó á bofetadas con mi sangre fría, hasta que la puso ardorosa y echando fuego.

Me hacía el corazón— pin, tin, tan; pin; tin, tan; pin tin tan!!

Dieron las diez: Me fuí del café sin pagar, olvidándome de todo. ¡Oh!

IV

El paseo estaba obscuro, pero no solitario.

Apenas llegué al sitio de la cita ví el coche parado.

Me acerqué; cuando estaba á doce pasos ya ví agitarse el pañuelo.

Estuve por gritar como Otello:

¡Ah, il mio fazzoletto!

Me subí el cuello del gabán, me metí el sombrero hasta las cejas, la portezuela del coche acababa de abrirse... ¡cataplán! me zampé dentro.

Me cogieron una mano.

¡Ay! No me atrevo á continuar.

V

Sentí una emoción tan grata cuando aquella mano suave y delicada apretó la mía, que estornudé tres veces, y se me cayó el sombrero.

—¡Chiiissst! me dijeron.

No me podían haber dicho nada que más me conviniera. Me mandaban callar; era lo mismo que autorizar la suplantación que yo estaba haciendo.

El carruaje empezó á andar. La tapada misteriosa continuaba diciendo.—¡Chiiisst!

Lectora, no te alarmes; pero sabe que le ad-

ministré cinco besos seguidos en la mano, de aquellos que parecen por el ruido el ramillete de los cincuenta voladores con que se acaban los fuegos artificiales.

El coche se detuvo.

—Bajemos, me dijo en voz muy baja la ciudadana inofensiva.

Y bajamos.

VI

Aquí comienza una historia terrible. Su recuerdo me da calambres.

Aquella mujer que llevaba el rostro cubierto con un velo: aquella mujer que olía á *patchuli* de una manera insultante; aquella mujer que se había honrado con cinco besos de tres puentes; aquella mujer entusiasta del arte y de los artistas... se dirigió á la esquina de la calle de Atocha, llevándome por la mano siempre, y me puso entre dos inspectores de policía.

—¡Qué es esto! grité

—¡Aquí está este tunante! dijo ella.

—¡Síganos usted! me dijo uno de los inspectores.

—¡Silencio! me dijo el otro.

—¡Me he lucido! dije yo.

Y sin que me valiera el gritar, ni el buscar una salida, entré en el *cajón* como un caballero.

EPÍLOGO

¿Quiéres saber, lector amigo, como salí á la calle?

Merced á mis amigos y á las pruebas que dí de no llamarme L. López.

¿Y sabes lo que significaba todo aquello?

Que una tal doña Robustiana, patrona de huéspedes, no pudiendo atrapar de ningún modo á un tal López, huésped que fué suyo, y aun dicen que amante por espacio de dos años (en los cuales nunca se acordó de pagar,) apeló al ingenioso medio de escribirle la carta que ya conoces, á los dos días de haberle visto en un teatro de aficionados, mascullando los versos del drama de Zorrilla.

1867.

Los Abogados de arriba.

Acabo de recibir *El Firmamento*; el propio firmamento, ó sea el Calendario Zaragozano.

Yo no puedo vivir sin ese calendario ó *almanaque*, como dicen en mi tierra de Aragón. Durante los quince años que he vivido en París me lo hacía enviar por un amigo todos los años, en el mes de Enero. Ahora que ya estoy restituído á la patria, como el Gil Blas de Santillana, y que no pienso volver á Francia más que como paseante en Cortes ó en Senados, el calendario baturro ha sido el primer libro que he comprado aquí.

—Eugenia—le dije á mi portera al día siguiente de llegar,—ya sabe usted que no puedo empezar el año sin tener el almanaque del Zaragozano.

—Bueno, Jauna (Jauna soy yo en vascuence), ya le compraremos á usted.

Y *me compraron ayer*.

Pues todos los años meto en la cartera *El Firmamento* de los dos cuartos, y todos los años aprendo algo en él.

Por muy cristiano me tengo, y no cedo á nadie en creencias religiosas; pero en tantos años de viajar por el extranjero y haberme paseado por Rusia, Austria, Alemania, Holanda, Italia, y así, además del domicilio que tenía en París, creía yo, y según mi paisano no hay tal cosa, que las enfermedades, achaques y dolencias del mísero ser humano las curaban esas eminencias que en Francia, Inglaterra, y Alemania han llegado á batirse sin cuartel con la muerte. Antes de salir de París asistí á una de las más grandes solemnidades científicas de los tiempos modernos: la traslación de los restos de Pasteur al Instituto fundado por él, y á cuya construcción y sostenimiento han contribuído todos los soberanos, gobiernos y sociedades científicas del mundo.

Creíamos todos que el abogado contra la rabia era él... ¡Pues, no señor! En nuestra España moderna, en la España *de siempre*, el abogado contra la rabia es... San Roque. Y así les diga á usted, uno por uno, á todos los que componen el grupo tradicional de *nueve millones* de españoles á quienes los gobiernos liberales y

conservadores se han olvidado de enseñar á leer que Pasteur ha sido el único mortal que ha logrado curar la rabia, esos nueve millones de hijos y descendientes de aquellos santos inquisidores y ministros de Fomento de las monarquías de antaño le dirán á usted que San Roque es el abogado y Pasteur no será, en todo caso, más que su pasante.

A París fueron, en el año de 1890, seis baturros de tierra de Jaca, un padre y cinco hijos, á quienes había mordido un perro rabioso. Como todos los aragoneses que en mis quince años de periodista de allá han ido á París, á la redacción del *Fígaro* fueron *de cabeza,* como suele decirse.

—Aquí venimos—me dice el más cachorro— *á ver si rabiamos ú no rabiamos.*

—¡Pues vosotros *verís* lo que *us* tray más cuenta!—les dije.

Me pidieron una recomendación, un *papelcico,* para el gran Pasteur, que les dí de muy buena gana. Pero el padre, un aragonés de setenta años, mordido y ultrajado como sus hijos, decía:

—Ya les hi dicho yo á éstos que todo lo que no haga San Roque, me río yo de los sabios, y aquí no haremos más que *dales* los dineros á los franceses; pero, en fin, por mí que no quede.

Los curó el célebre sabio. Vinieron á darme las gracias antes de volver á la tierra... y, sin embargo, el anciano me dijo:

—Bueno, bueno; *paice* que esto va bien, y que el señor ese nos ha sacao de cuidaos; pero diga usted (y al decir esto le metió la mano en el pecho al hijo mayor y le sacó un escapulario de San Roque), diga usté, y esto *¿es mostillo?*

Al hombre no le persuadirá nadie, si vive todavía, de que San Roque no fué el que le sopló al oído al eminente sabio.

Por eso mi D. Mariano Castillo hace constar, y hace bien, dada la tierra en que anuncia el tiempo, riéndose de todos los Observatorios del mundo, que el abogado *contra* la rabia es San Roque; y no hablemos más, y punto concluído.

¡Pues me río yo de Peant, Rousseau, Chéron, Robin y tantos otros que han pasado años enteros estudiando las enfermedades del oído y han sido condecorados por sus notabilísimos trabajos sobre la sordera! ¡La doctora única de esta terrible enfermedad es Santa Yultolde, abogada contra la sordera, cuya fiesta se celebra el 22 de Enero.

Max Nordau, que ha sido á la vez mi médico y mi amigo de París, durante quince años, me decía «que no debe haber tercianas», que esa es una enfermedad de tiempos atrasadísimos, como tantas otras que antes parecían incurables y ahora se dominan con gran facilidad.

Y, sin embargo, en España parece ser que duran todavía, y en mis excursiones á los pueblos y caseríos de las provincias Vascongadas

solía encontrar muchas caseras y caseros que se quejaban de las tercianas y cuartanas, que les consumen poco á poco la vida y les tienen con unas caras amarillentas y cadavéricas que da espanto verles. No suelen recibir muchas visitas de médicos, por la dificultad de los medios de comunicación y por que cuesta caro; pero sí tienen encima de las camas las imágenes de dos abogadas contra las intermitentes, que también figuran en el *almanaque*, Santa Prisca y Santa Margarita. Á Nardau le envío hoy noticias de estos dos colegas. ¡Cómo se revolverá contra tal invasión! Pero como Nardau es judío, y en aquella Francia democrática de la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad al que es judío se le insulta y se le desprecia, no le harán caso.

San Benito, según mi paisano el almanaquero, es abogado contra el mal de orina, con perdón de ustedes. ¿Será éste San Benito de Palermo, el cual, según todos los Años Cristianos, era negro como la tinta? Mucho me choca; pero en fin, los que padezcan de eso, ya saben cómo han de curarse y quién es el abogado.

¡Oh, San Valero, el santo de Zaragoza y de los roscones! ¡Parece mentira que, teniendo en la provincia los baños de Alhama, permitáis al redactor del almanaque aragonés que os presente como abogado contra el reuma!

¡Adiós, estudios de Trousseau; adiós, aguas de Baden, Aix les Bains, Barèges, Aguas Ca-

lientes, Dax, Creuzuach, Gastein, Wiesbaden, Ischia y tantas otras! ¡Parece mentira que haya quien se gaste dinero en viajes tan largos!

Creía yo que la belladona era excelente para los males de garganta, y he aquí que San Blas viene á hacerme la concurrencia. Santa Apolonia cura los dolores de muelas; pero esto debe ser error de imprenta, sin duda que se trata de Santa Polonia Sanz, que me curó muchos dolores dentarios cuando yo era muchacho.

Lo que no sabía mi ignorancia es que San Juan de Dios fuese abogado de la locura. Así me lo dice mi libro favorito y tengo que creerlo, y por algo lo llevo yo en el bolsillo, así Dios me conserve el juicio.

Lo de San Felipe Neri, que figura en el calendario como abogado *contra enfermedades de las articulaciones*, está muy bien, porque es cosa averiguada que este santo, antes de serlo, fué el desconyuntado mayor que hayan producido los siglos. Goethe le llama en su *Viaje á Italia*, el santo humorista...

En uno de los momentos de exaltación religiosa que tuvo siendo joven este santo de noble familia, se arrojó una vez sobre las escaleras del altar y se rompió dos costillas, que, mal curadas, le ocasionaron palpitaciones de corazón, siendo parte, según el célebre poeta alemán, á que subieran de punto sus sentimientos.

Y á tal subieron, que, según consta en todos

los escritos de su tiempo, «se le vió diferentes veces, no sólo alzarse delante del altar, sino un día arrodillándose, pidiendo la vida de un enfermo gravísimo, elevarse del suelo de tal modo que casi fué á dar con la cabeza en el techo».

Por consiguiente—digo yo,—un santo que así disponía de sus articulaciones, ¡bien puede ser abogado contra los males de las coyunturas!

San Juan Ante-Portam-Latinam figura como patrón de los impresores. ¿Por qué? San Juan delante de aquella puerta, no sabía, ni se pudo imaginar, que un tal Gutenberg (que bien pudiera figurar entre los santos, supuesto que lo es San Cipriano, por otro nombre el *mágico prodigioso)* había de descubrir la imprenta un día. Esto no está nada claro.

Contra los cólicos es abogado San Serapio. ¿Por qué? No consta en su biografía que le martirizaran con pepino, ni que comiera cosas indigestas. A San Enrique nos le presenta el calendario como abogado contra el asma, y á Santa Murciana contra los golpes. ¿Contra qué golpes? Esto debiera explicarse con más claridad, porque hay golpes de muchas clases, y no es lo mismo el que uno se da contra una puerta que un golpe de tos ó una mirada. En Andalucía dicen de ciertas buenas mozas que tienen «un golpe de ojos negros que vuelve loco». Hay que entenderse.

La hidropesía cura San Fermín, según el li-

brico, y en él figura San Rufo como abogado de los afligidos. ¿Tenéis calambres? Pues Santa Águeda los cura, y San Andrés Avelino evita las muertes repentinas.

¡Oh, Dios mío, Señor del universo, alma del mundo, creador del cielo y de la tierra! ¡Oh, Cristo Mesías, redentor de la humanidad, revelador de la verdad! ¿Quién ha inventado estas atribuciones curanderas, para aplicárselas á los santos menores en perjuicio de los santos eternos, de aquellos que son honra de la humanidad? Habiendo un San Pablo, y un San Agustín, y un Santo Tomás, y un San Juan Crisóstomo, y un San Ignacio de Loyola, y un Santo Domingo de Guzmán, y tantos otros santos, gloria de las armas, de las letras, de la filosofía y de la caridad humanas, ¿á qué viene este empeño de disputar á la ciencia sus conquistas para atribuírselas á los abogados ultracelestes?

Lo que dicen los niños.

Vamos á ver, venid todos que os voy á ensayar una comedia. Tú, Pablito, harás el galán, tú, Teresita, serás la dama, tú Manolo, el padre, tú Serafina, la madre... vamos á ver, falta un galán joven...

—¡Ay don Antonio, dele usted papel á mi Andresito, que aunque es tan chiquitín es muy despejado él, se lo ruego á usted!...

—¡Bueno! Ven acá, Andresito, ¿tú que quieres hacer?

—¡Yo quiero hacer caca!

—

—Mira, Manolín, tú, aunque muy niño eres ya un buen criado.

—Muchas gracias, señor Conde.

—Vas á llevar esta carta á la calle de Zurita; allí vive una señorita muy guapa ¿comprendes?

—Sí, señor.

—Le das la carta; y si te da una respuesta, no me la entregues delante de la señora Condesa. ¿Te enteras?

—Pierda cuidado el señor Conde.

—¡Por Dios! No me dés carta ninguna, ya me dirás de palabra que el recado está hecho. ¿Vas bien enterado?

—Que si señor.

—Pues anda.

Precisamente á la hora en que se sientan á la mesa el Conde y su mujer, vuelve el *groom* y dice:

—El recado está hecho.

Y antes de que el Conde pueda hablar, añade:

—La señorita me ha dicho de palabra que no vaya usted esta noche, porque hoy va el otro!!

—

—¡Caramba, qué banderillas tan bonitas! ¿Quién te las ha comprado?

—Mamá me las ha comprado al salir de los toros.

—¿Me regalas una?

—¡No señor, que son para mi papá!

—

A cada momento hay forasteros en casa del ricachón del pueblo. No se oye más que aquello

de: para mañana preparad una buena comida. que hay huéspedes.

Y el chico se vuelve loco de alegría cada vez que hay comida de esas.

El candidato de la circunscripción quiere hacer algo gordo por el ricachón, que es el elector y le dice á los postres de un gran banquete:

—A este muchacho le voy yo á llevar á Madrid. ¿A qué escuela quieres ir Antoñito?

—¡Pues á la escuela de los *huéspedes!*

—

—¿Y tú que quieres ser?

—Un oficio muy bueno, ya lo tengo pensado.

—¿Militar?

—No señor.

—¿Cura?

—¡Que no! Mire usted. ¿Ve usted aquel coche que pasa con aquel cochero tan elegante? ¡Pues eso!

—¿Pero hombre, quieres ser cochero?

—¡No señor! ¡El que va dentro!

—

El general á su mujer:

—¿Dónde habéis estado?

—De tiendas.

—¿No habéis visto á ningún conocido?

—A nadie.

El niño:

—¿Ah, con que no? ¿Con que no hemos encontrado al ayudante y te ha dicho «ven que *te* voy á convidar á pasteles?»

—

—Mira Pepito, ¿ves aquella casa grande?

—Sí, papá.

—Pues es la Casa de la Moneda. Allí es donde se hace todo el dinero.

—Y aquella chimenea que echa tanto humo, ¿también es de la casa?

—También.

—Será la chimenea de la cocina.

—Tal vez.

—Pues entonces, ahora estarán friendo las pesetas.

—

—Mamá, hay ahí un caballero que desea verte.

—¿Quién es?

—No lo sé; ha preguntado: ¿Están los señores?

—Anda, ve y dile que estoy en misa.

El niño, al caballero que está en la antesala:

—Ha dicho mi mamá que está en misa.

—

—¿Se puede ver al señor Pedro?

—No, señor, ahora no, está ocupado. Le está

dando una paliza á mi madre y si entra usted lo desarregla.

—

—No llores, hija mía, ¿te has perdido? Yo te acompañaré. ¿Sabes dónde vives?

—¡Sí, señor, ya lo creo!

—¿Y, dónde vives?

—¡Pues en mi casa!

—

Regalo de Pascua.

—Mira Carmencita que muñeca te traigo.

—¡Ay, que hermosa es!

—¿Te gusta?

—¡Ya lo creo, y que pelo tan hermoso tiene!

—Mira, para que no se estropee, el pelo es de quita y pon. Por la noche le quitas la peluca y se guarda hasta el día siguiente.

—¡Eso es lo que hace mi mamá.

1898.

FIN DEL TOMO XVIII

INDICE

Páginas.

LISTA DE SUSCRIPTORES

A LAS OBRAS COMPLETAS DE

EUSEBIO BLASCO

Azcárate (D. Gumersindo de).
Ayerbe (Sr. Marqués de).
Alvarez Mariño (D. José).
Aguilera (D. Alberto).
Alba (D. Enrique).
Alhumada (D. Luis de).
Andrade (D. Rafael).
Avilés (D. Benjamín).
Argüelles (Sra. Marquesa de).
Amboage (Sr. Marqués de).
Bretón (D. Tomás)
Bejar (D. Antonio).
Barzanallana (Sr. Marqués de).
Beruete (D. Aureliano de).
Blanco (D. Domingo).
Barceló (D Luis).
Bivona (Sr. Duque de).
Benedicto (D. Manuel).
Carbó (D. Juan).
Cubas (D. José de).
Cánovas del Castillo (D. Jesús).
Cruz (D. Pablo).
Cañabate (D. Joaquín).

Castillo de Chirel (Sr. Barón del).
Canalejas (D. José).
Coello (D. Alonso).
Casa Valencia (Sr. Conde de).
Casa López (Sra. Marquesa de).
Caudilla (Sr. Conde de).
Cendra (D. Manuel).
Delgado (D. Eleuterio).
Dato (D. Eduardo).
España (D. Gabriel).
Escosura (D. Julio de la).
Esteban Collantes (Sr. Conde de).
Estévanez (D. Nicolás).
Echenique (D. Francisco).
Fabra (D. Nilo).
Ferrer (D. Gabriel).
Florez (D. Carlos).
Goyenechea (D. José).
Gómez Rodulfo (D. Angel).
Gómez Renovales (D. Juan).
García Patón (D. Federico).
García del Busto (D. Federico).
Hinojosa (D. Ricardo).
Iturralde (D. Daniel de).
Icaza (D. Francisco A. de).
Igual (Señora Viuda de).
Igual (D. José de).
Jungairin Iriño (D. Manuel).
López Domínguez (D. José).
López Puigcerver (D. Joaquín).
Larregla (D. Joaquín).
León (D. Luis de).
Longoria (D. Javier).
Loygorri (D. Federico).
Luque (D. Manuel)
Llano y Persi (D. Manuel de)

Llobregat (Sr. Conde de).
Lías (Señora Viuda de).
Muñoz de Baena (D. José).
Muñoz de Baena (D. Luis).
Manrique de Lara (D. Manuel).
Madariaga (D. Federico de).
Murga (D. Eduardo).
Maestre (D. Tomás).
Muguiro (D. Javier).
Malladas (Sr. Conde de).
Muñoz (D. Salvador).
Menéndez y Pelayo (D. Marcelino).
Montefuerte (Sr. Conde de)
Montes Sierra (D. Nicasio).
Navas (Sr. Conde de las).
Navarro y Ledesma (D. Francisco).
Otamendi (D. Miguel).
Puente (D. Joaquín de la).
Pacheco (D. Antonio).
Pérez y Alonso (D. Gaspar).
Perinat (D. Luis).
Potous (D. Juan).
Rancés (D. Emilio.)
Retortillo (D. Alfonso).
Reparaz (Sr. Conde de).
Rica (D. José de la)
Rodríguez-del-Manzano (D. Valeriano).
Romero y Robledo (D. Francisco).
Romanones (Sr. Conde de).
Ramiranes (Sr. Conde de).
Ruiz de la Prada (D. Manuel).
Rosell Malpica (D. J. Manuel).
Sainz de la Maza (D. Joaquín).
Soriano Murillo (Sra. Viuda de).
San Luis (Sr. Conde de).
San Román (Sr. Conde de).

Sacro Lirio (Sr. Barón del).
Spottorno (D. Ricardo).
Sánchez Guerra (D. José).
Sotomayor (Sr. Duque de).
Sala (D. Emilio).
Squilache (Sra. Marquesa de).
Tamames (Sr. Duque de).
Santa Coloma (Sra. Condesa Viuda de).
Santo Mauro (Sr. Duque de).
Tolosa Latour (D. Manuel de).
Terán (D. Eduardo).
Tavara (Sr. Marqués de).
Traumann (D. Enrique).
Tovar (Sr. Marqués de).
Ubao (D. Manuel).
Ugarte (D. Javier).
Viñaza (Sr. Conde de la).
Villalobos (D. José).
Vilches (Sr. Conde de).

Ayuntamientos de Zaragoza, Jaca, Bilbao, Cartagena, Cádiz, Valencia, Pontevedra y Badajoz.

Los señores suscriptores recibirán sin aumento de precio los tomos cuyo importe exceda de tres pesetas

Las personas que deseen suscribirse á las *Obras completas de Eusebio Blasco*, deberán dirigirse al administrador, D. Leopoldo Martínez, Calle del Correo, 4, librería, Madrid.




LS
B644
206184
Author Blasco, Eusebio
Title Obras completas. Vol. 18.
DATE.
NAME OF BORROWER

